



Ángel de Saavedra, (Duque de Rivas)

El parador de Bailén

Comedia en tres actos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel de Saavedra, (Duque de Rivas)

El parador de Bailén

Comedia en tres actos

PERSONAS QUE HABLAN

DON FERNANDO, capitán de Infantería.
DON LUIS, hombre maduro y severo.
DOÑA CLARA, su hija.
DON LESMES, señorito ridículo de lugar.
DOÑA GENOVEVA, vieja melindrosa y ridícula,
BERRIO, mozo de paja y cebada.
MARTA, posadera.
JULIANA, criada del parador.
TARAMBANA, asistente de don Fernando.

PERSONAS QUE NO HABLAN

EI CONDUCTOR.
Cuatro viajeros.

Cuatro ESCOPETEROS.

Acto primero

La escena es en el parador. La acción empieza a las tres de la tarde y acaba al amanecer del día siguiente. La decoración es inmutable, y representa el patio interior de una posada, con corredor alto, sostenido por pilares; abajo y arriba se verán puertas numeradas, practicables, con ventanas también practicables. La primera puerta del piso bajo, a la derecha del espectador, figura ser la del cuarto de don Fernando. La segunda, la escalera. A la izquierda del espectador habrá un gran arcón de cebada, y en medio de la escena, una mesa larga y varias sillas; al fondo, una puerta.

ESCENA PRIMERA

MARTA, BERRIO y JULIANA

Aparece BERRIO durmiendo en una manta encima del arcón, y sale por la puerta del fondo JULIANA, con manteles y platos para poner la mesa, y detrás, MARTA.

MARTA. (Dirigiéndose a Berrio.)

Vamos, Berrio; me parece
que para siesta ya basta.

(Le tira de una pierna.)

Maldita sea tu pereza;
no me sirves para nada.

BERRIO. (Desperezándose.)

Ya voy..., ya voy...; tanta prisa...

MARTA. Vamos, vamos.

BERRIO. (Bostezando.)

Voy.

MARTA. (Volviéndole a tirar de una pierna.)

Levanta.

BERRIO. (Se sienta y restriega los ojos.)

¿Está ya el coche...? Temprano.

MARTA. ¿Qué coche ni calabaza?...

¿No se ha de poner la mesa,
ni se han de arreglar las camas
hasta que llegue?... Por cierto
que está buena tu cachaza.

(Va hacia la mesa.)

JULIANA. (Extendiendo el mantel en la mesa.)

Vamos, Berrio; alza, maldito.

BERRIO. ¿Y tú también, linda maula?

(Se levanta soñoliento y queda recostado en el arcón.)

No sé cómo hay un cristiano
que sirva en una posada

de diligencias; el día
que por el camino pasan,
no hay de descanso un momento.

(Bosteza.)

JULIANA. Ven a ayudarme... ¿Qué tardas?

MARTA. ¡Por Dios, que no coja platos,
vasos, botellas ni nada
que pueda romper, pues temo
que está de vino hasta el alma!

(Vase.)

ESCENA II

BERRIO y JULIANA

BERRIO. ¿Yo bebido...? ¡Ojalá!

JULIANA. Sea

chispa o sueño tu tardanza,
yo te espabilaré pronto.

(Toma un buche de agua y se lo echa a Berrio en la cara.)

BERRIO. Anda, vete en noramala...

si no fuera porque, al cabo,
eres mi novia, la chanza
te había de costar...

JULIANA. (Volviendo a arreglar la mesa.)

¿Qué?

BERRIO. (Corre a ella, la sorprende y la abraza, riéndose.)

Toma;

éste es el castigo.

JULIANA. (Desasiéndose de él con enfado.)

Aparta,

que lo es grande.

BERRIO. No lo piensas,

cuando antes de dos semanas

vamos a ser..., ¡qué gustito!...

una carne con dos almas.

JULIANA. ¡Bruto! Una alma con dos cuerpos.

BERRIO. Pues bien eso.

ESCENA III

Los mismos y MARTA, que sale por la puerta del fondo con avíos para la mesa

MARTA. (Al salir.)

Juliana,

Berrio, que es tarde; al avío,

y no me gustan las charlas.

(Se pone a arreglar la mesa, ayudándola los otros dos.)

¿El capitán no ha llamado?

JULIANA. En todita la mañana

ha respirado siquiera.

MARTA. ¿Y el asistente?

JULIANA. En la plaza
o en el puesto de bebida
de la tía Policarpa
estará.

BERRIO. O en el infierno.

JULIANA. (Aparte.)
Mucho se desvive el ama
por el soldado.

BERRIO. Debieran
en el infierno, Juliana,
estar esos militares.
Hace dos días, ¡caramba!,
que por segunda vez vienen
alojados a esta casa,
y parece que hace un año
según la gran confianza.
que se toman

JULIANA. ¡Malicioso!...

BERRIO. Sí, malicia..., buena alhaja...
¿He olvidado lo de anoche
y lo de la otra semana?...
Yo no sé esos ringorrangos,
de la gente militar
que aquel tienen que transforman
en ovejas las muchachas
y a los novios y maridos
en..., en...

MARTA. (Enojada.)

Al avío. ¡Basta!
¿No acabaréis en un año?
En dando vosotros larga
a la sin hueso, el demonio
que resista.

FERNANDO. (Dentro.)

¡Tarambana!

MARTA. (Muy cuidadosa.)

¡Ay Dios, que aun no ha parecido,
y su amo le grita y llama!
Y como tiene ese genio,
si ahora me le coge en falta,
¡buena le espera!

ESCENA IV

Los mismos y DON FERNANDO, que sale de su cuarto con levita de uniforme, charreteras
y un casquete o gorra de cuartel y su sable ceñido

FERNANDO. (Con mal humor.)

Patrona,
¿y mi asistente?
MARTA. (Acercándose, muy obsequiosa.)

¿Qué manda?

FERNANDO. Pregunto por mi asistente.

JULIANA. (Desde la mesa.)

No ha vuelto.

MARTA. No importa nada,
pues todos le serviremos...

FERNANDO. Que escuché su voz jurara.

JULIANA. Pues, señor, aún no ha vuelto;
acaso estará en la plaza.

FERNANDO. (Colérico.)

¿En la plaza...? ¡Voto a Cristo,

que si está allí, la tajada
menor ha de ser la oreja!

Esto sólo me faltaba,
que se esté papando moscas,
cuando le mandé marchara
de Bailén a la salida

a ponerse de atalaya,
para avisarme al momento
que de lejos columbrara
la diligencia que viene
de Madrid para Granada.

MARTA. Y allí estará, de seguro;
que a obediente no le gana
nadie..., señor.

FERNANDO. ¿Cómo han dicho...?

MARTA. Flujo de hablar; por la plaza
he pasado hace un momento,
y lo que es allí no estaba,
y si ha de esperar que llegue
la diligencia, no tarda.

FERNANDO. Pues ¿a qué hora llegar suele?

MARTA. Después de las cinco dadas;
y si ha de esperar...

FERNANDO. Que espere,
¡maldita sea su alma!

MARTA. El calor y el polvo...

FERNANDO. Tenga
paciencia.

MARTA. Ya tiene harta.

FERNANDO. (Con malicia.)

¿Qué interés tiene tan grande
por el tuno Tarambana
esta viuda!... Y está rica

y muy frescota... No es mala.
(Vanse Berrio y Juliana por distintos lados.)

ESCENA V

DON FERNANDO, solo, paseándose con inquietud.

FERNANDO. Pero yo con tanta priesa,
y nada, nada he pensado,
ni tengo mi plan formado
en lo que tanto interesa.
Y ¿qué plan he de formar,
sino atropellar por todo,
y de un modo, o de otro modo,
a doña Clara salvar?

(Pausa.)

Es tan escaso el aviso
que desde Madrid me dio,
que acertar no puedo yo
con lo que hacer es preciso.
En fin, la carta a leer
voy de nuevo; aunque es seguro
que no saldré del apuro,
pues no dice qué he de hacer.

(Saca una carta del bolsillo del pecho, se para y lee.)

«Si me ama usted como tantas veces me ha jurado, y está de veras resuelto a llamar me suya, vea usted lo que hace para conseguirlo. Yo siempre soy la misma; pero mi padre se ha empeñado, de repente, en casarme, sin demora, con un primo muy tonto y muy rico que tengo en Linares; usted sabe lo inútil que sería mi resistencia. No hago más que llorar, y dentro de cuatro días me llevan en la diligencia que sale de aquí para Jaén y Granada, qué sé yo dónde. Me dice que el maldito novio saldrá a recibirnos a Bailén. ¡Por Dios, demuéstreme usted ahora que me quiere y que es verdadero su amor, seguro de que sólo vivo para usted!... No puedo más. Me llaman a comer, y no quiero que sospechen que he escrito. Es de usted hasta la muerte, Clara.

»P. D. -Sálveme usted a toda costa, pues usted es mi única esperanza.»

(Representa.)

Esto dice lo bastante
para darme yo al infierno;
mas nada que de gobierno
pueda servir a un amante.
Que la fuerzan a casar...,
que se la traen a Jaén...,
y que debe aquí en Bailén
al venturoso encontrar.
¿Y quién es, quién, este hombre?
Un primo muy majadero.
Mas se dejó en el tintero
lo más importante: el nombre.
¿Y cómo a un primo buscar?...

¿Quién hay que primo no sea?...

No será mala tarea,

«¿Usted es primo?», preguntar

a cuantos lleguen aquí

o tope en ese camino.

¡Vive Dios, que pierdo el tino;

jamás tal apuro vi!

(Repasa la carta.)

Es de Linares. Ya es algo,

rico... y bruto... Señas tales,

¡vive Dios!, que son mortales

para buscar a un hidalgo.

Mas si es rico, tendrá

en estos contornos fama.

Sin duda cómo se llama

la posadera sabrá.

(Llamando.)

¡Patrona!

ESCENA VI

DON FERNANDO y MARTA

MARTA. Señor...

FERNANDO. Decid:

¿cómo se llama ese rico

de Linares, muy borrico,

y que tiene allá en Madrid

un tío que director

fue de Rentas?...

MARTA. Yo no sé.

FERNANDO. Sí tal... ¿Un hidalgo que

es minero..., o labrador...,

o mayorazgo?

MARTA. Yo soy,

señor, allá de la sierra,

y en esta maldita tierra

hace sólo un mes que estoy.

FERNANDO. (Impaciente.)

Pues acaso Juliana

podrá, dándole las señas...

MARTA. Tampoco; es de Valdepeñas,

y está aquí hace una semana.

FERNANDO. (Aparte, despechado.)

Pues no hay más que estar alerta,

y a palos dar buen despacho

a cualquiera mamarracho

que ose entrar por esa puerta.

ESCENA VII

Los mismos y BERRIO

BERRIO. Nostrama, en el corralón
está entrando un carricoche
que viene a pasar la noche,
o a dar un pienso, al mesón.

MARTA. ¿Y de dónde?

BERRIO. De Linares,
con tres mulas tan sutiles,
que se le ven los cuadriles,
espinas y costillares.
Y un gran bruto las arrea,
pues con el quicio atrancó,
y por un tris no volcó,
que estuvo la cosa fea.

FERNANDO. (Con interés.)
¿De dónde dices que viene?

BERRIO. De allá, de Linares.

FERNANDO. (Agitado.)

Es,
sin duda, el primito... Pues...
(Va a marchar y se detiene y reflexiona.)
Mas no, esperar me conviene.

MARTA. (A Berrio.)

Anda, ¿qué te estás así?
Dile que entre al caballero,
y ve a ayudar al cochero,
no se nos vayan de aquí.
(Vase con Berrio.)

ESCENA VIII

DON FERNANDO, solo, paseándose con agitación.

FERNANDO. Él es, sin duda. En campaña
estoy ya con mi rival,
y pronto veremos cuál
tiene más valor o maña.
Su aspecto me ha de decir
qué partido tomar debo;
si es un gallardo mancebo,
conmigo se va a batir;
mas si es algún mentecato
señorito de lugar,
¡vive Dios, que ha de encontrar
con la horma de su zapato!
(Se retira a la puerta de su cuarto, y desde allí observa.)

ESCENA IX

DON FERNANDO, DON LESMES y MARTA

LESMES. (Mirando a todas partes.)

¡Hola!... ¿Es ésta la posada
de la diligencia?... ¿Sí...?

¿Ha llegado la que hoy llega
a Bailén desde Madrid?

FERNANDO. (Aparte, desde la puerta de su cuarto.)

¡Oh gozo!... ¡Qué mamarracho!

¡Ay qué facha!... Soy feliz.

MARTA. (Conteniendo la risa.)

No, señor; aún no ha llegado.

LESMES. ¿Conque aun no ha llegado aquí

doña Clarita, mi novia,
que es un lindo serafín,
un portento de virtudes,
de riqueza un potosí,
según me dice mi padre
y me escribe don Luis?

MARTA. Si debe en la diligencia

esa señora venir...

LESMES. ¿Cómo que si debe?... Debe,

que llegó su San Martín.

MARTA. (Burlándose.)

Pero como aún no ha llegado

la góndola, estar aquí
no puede la señorita.

LESMES. Pues eso iba yo a decir.

(Se pone a silbar y a registrar puertas y ventanas.)

FERNANDO. (Aparte, desde su puerta.)

Gran animal... Si pudiera,
valiéndome de un ardid...

Si lograra introducirme...

(Se da de gozo una palmada en la frente.)

¡Oh qué idea tan gentil!

Algún ángel me ha inspirado.

(Resuelto.)

Pecho al agua, y a mentir.

LESMES. (A Marta.)

¿La diligencia a qué hora
a Bailén llega? Decid.

MARTA. Mucho después de las cinco.

LESMES. ¡Qué tarde!... Yo me creí

hallarla ya en la posada
y al momento de partir.

Y por recuestos y trochas,

he venido echando mil

maldiciones a mis mulas,

y al «Zambo», y al carrocín,
y a la arena del camino,
temiendo que iba a venir
tarde.

MARTA. Si la diligencia
duerme en Bailén.

LESMES. ¿Qué decís?

Me alegre. Pero oportuna
es tanta impaciencia en mí,
que soy, como he dicho, novio.

MARTA. (Con socarronería.)

Y que a veces en un tris
está el llevar calabazas
sin acudir pronto y sin...

LESMES. (Con aire satisfecho.)

Seguro. Mas yo soy listo,
y no dejo nunca ir
a pez que pica mi anzuelo.

(Señalándose la frente.)

Tengo yo mucho de aquí.

MARTA. Bien se ve.

LESMES. ¿Conque a las cinco
el coche debe venir?

¿Y para toda la noche?

Pues, entonces, soy feliz;

voy a que «Zambo» se arregle,

y quiero comer, ¿oís?

(Vase Marta por la puerta del fondo, y Don Lesmes se dirige a la salida.)

FERNANDO. (Aparte, avanzando.)

La embrolla empieza... ¿Qué aguardo?

(Alto.)

¡Eh!... Caballero...

(Vuelve Don Lesmes.)

ESCENA X

DON FERNANDO y DON LESMES

LESMES. ¿Es a mí?

FERNANDO. (Como dudoso.)

Sí, señor; porque imagino
que gozo la hora feliz
de hallar en usted a...

LESMES. Don Lesmes

Caro y Gómez Becerril,
servidor de usted, y novio
de doña Clara Alaniz,
hija del antes mi tío,
y ya suegro, don Luís

de Alaniz y Caro. Tengo
mi casa y hacienda y
mayorazgo, que le ofrezco,
en Linares, do nació,
y donde vive mi padre,
que se llama don Crispín,
paralítico y en cama,
aunque ha sido muy gentil,
pues dicen que su merced
fue muy parecido a mí.

FERNANDO. (Fingiéndose gran sorpresa y placer.)

Déme usted, déme los brazos,
démelos, y mire en mí
a un apasionado primo,
a un amigo.

(Abraza a Don Lesmes, apretándole con fuerza.)

LESMES. (Pugnando por desasirse.)

¡Por San Gil,
no apriete tanto, que basta...!
(Záfase de él.)

FERNANDO. (Insistiendo en quererle abrazar.)

¿Qué es bastar...? Vuelva usted, sí,
a que en mi seno le muestre...

LESMES. (Huyendo.)

¡Por San Francisco de Asís,
no más estrechones! Basta,
que me habéis dejado sin
resuello. Y para adorarse,
y querer mucho, y
ser primos, no es necesario
estrujar a un hombre así.
Con más palabras y menos
contorsiones me decid
a quién debo...

FERNANDO. ¿A quién...? A un primo
de doña Clara Alaniz;
mi madre y la suya, hermanas.

LESMES. Lo celebro, y sea dos mil
veces muy enhorabuena.

Mas ¿cómo os halláis aquí
a despachurrar parientes
y a dejarlos sin gañiz
entre esos brazos de hierro,
que los envidiara el Cid?

FERNANDO. De orden del tío de ambos,
digo, del señor don Luís,
estoy en esta posada

solamente con el fin
de recibiros, cuidaros,
pagar vuestros gastos y
(Vuelve a quererlo abrazar)
daros un abrazo estrecho
en nombre del serafín
que vais a llamar esposa
por vuestra estrella feliz.

LESMES. (Huyendo del abrazo.)

¡No, por Dios, querido primo!

Excusaos de repetir
los abrazos. Recibirme,
cuidarme con mimo, sí;
pagar mis gastos, corriente;
pero no abrazarme..., ¿oís?

FERNANDO. Contendré los movimientos
del corazón...

LESMES. Por San Gil
que los contengáis.

FERNANDO. Un freno
pondré a los ímpetus.

LESMES. Y
un cabezón, por si acaso.

FERNANDO. Pues aproximaos, y oíd.

LESMES. Bien; con los bracitos quedos,
vamos a hablar y a reír.

FERNANDO. Mi encargo es también, don Lesmes...

pero me parece a mí
que, siendo, cual somos, primos,
debemos tratarnos sin
cumplimientos enojosos,
tú por tú... ¿Lo permitís?

LESMES. Gustoso.

FERNANDO. (Con afectuosa familiaridad.)

Pues, oye, Lesmes:
te estoy esperando aquí
dos días ha para decirte
que acaso..., siento afligir
tu corazón...

LESMES. (Dudoso.)

Hombre, acaba.

FERNANDO. Que acaso... Me duele, sí,
ser nuncio de malas nuevas.

LESMES. (Impaciente.)

Hombre, acaba.

FERNANDO. (Afectando irresolución.)

Debo, al fin,

dar cumplimiento a mi encargo,
aunque voy a destruir
la halagüeña perspectiva...

LESMES. (Aburrido.)

No muelas más, hombre; di...

FERNANDO. Sabrás que en la diligencia
que ha salido de Madrid
antes de ayer, y esta tarde
debe a este pueblo venir,
no viene doña Clarita.

LESMES. (Sorprendido.)

¡Si el tío me escribe que sí!

FERNANDO. Y a mí me escribe que no.

Al momento de partir
la diligencia, a la prima
le dio un ataque de esplín.

LESMES. ¿De qué...? ¿Se le descompuso...?

FERNANDO. Nada... Le dio a la infeliz
la convulsión..., y los nervios...;
cosa de importancia, sí;
cosa...

LESMES. Ya lo entiendo; cosas
que aun no se usan por aquí...

FERNANDO. Cosas que le han impedido
la salida de Madrid,
y que acaso en quince días...

LESMES. ¿Conque a la postre y al fin
no llega hoy Clara?

FERNANDO. No, Lesmes,

LESMES. ¿Y me llevo chasco?

FERNANDO. Sí.

LESMES. (Sacando una carta del bolsillo.)

Pero, hombre, si en esta carta
me encargan que a recibir
venga hoy a mi novia.

FERNANDO. (Sacando otra carta del bolsillo.)

En ésta,
escrita después a mí,
me encargan te dé la nueva
que te acabo de decir.

LESMES. (Mostrándole la carta.)

Pero ésta...

FERNANDO. (Mostrándole la suya.)

Pero... ¿y juzgas
que de seis leguas de aquí,
en donde estoy destacado,
en persecución venir

pude a Bailén a encontrarte
y a darte esta nueva sin
estar seguro de todo
y por el señor don Luis
advertido?...

LESMES. Me hace fuerza.

Lléveme un chasco gentil.

¿Y «quid faciendum»?

FERNANDO. Lesmitos,

lo que me parece a mí
que te conviene, es volverte
a Linares a dormir
y esperar otro correo,
porque, de quedarte aquí,
perderías en tus labores,
en tus intereses..., y...

LESMES. Yo no tengo que hacer nada,
que es padre quien...

FERNANDO. ¿No decís
que está baldado en la cama?...

LESMES. No importa, que desde allí,
con Ventosa el escribano,
que es un hombre muy sutil,
y con el tío Salmorejo,
vejete chisgarabís,
todo lo hace, y es más listo...

Yo no toco pito ni...,
pues ¡buen genio tiene padre!

FERNANDO. Mas, con todo, os debéis ir,
porque, al cabo, en vuestra casa...

LESMES. (Resuelto.)

No me vuelvo, pese a mí.
Ya que he venido de broma,
quiero quedarme, y dormir
aquí esta noche, ¡caramba!

FERNANDO. (Aparte.)

Mal me ha salido mi ardid.

(Alto.)

Pero siempre, allá en tu casa,
dormirás mejor que aquí.
Este ruido es insufrible,
las camas sucias..., en fin,
son potros de dar tormento;
tampoco es grano de anís
el gasto de una posada;
la cena será ruin,
y el cuartillo una mazmorra

y el alumbrado un candil...
No te conviene, no, primo;
vuélvete a Linares, sí;
con el fresco de la tarde
haces un viaje feliz.

LESMES. Nada, nada; de bureo
quiero un rato; por no oír
regañar a padre, fuera
al infierno...

FERNANDO. ¿Conque...?

LESMES. Sí;

voy a ver si están mis mulas
bien cuidadas, y a decir
al «Zambo» que hasta mañana
no se engancha el carrocín.

(Vase.)

FERNANDO. (Paseándose muy apurado.)

Pues, señor, lo eché a perder;
este bruto no se va.

Doña Clara llegará,
y ya no sé yo qué hacer.
Cualquier medida que tome,
si no le alejo de aquí,
se va a volver contra mí
cuando la góndola asome.

(Se para.)

Y el tiempo urge...; son las tres;
y ¿qué remedio?... Ninguno.

(Piensa un rato.)

Pero se me ocurre uno...

Muy aventurado es.

(Cruza Marta por el fondo de la escena, y Don Fernando corre a ella y la detiene.)

ESCENA XI

DON FERNANDO y MARTA

FERNANDO. Patrona, patrona mía,
ayúdeme usted, por Dios;
busquemos entre los dos
remedio a tanta agonía.

¿Ha visto usted ese animal...?

Pues marido, eso, va a ser
de una angélica mujer,
de un portento celestial.

MARTA. ¿Y esto tanto le alborota?

¿No conoce usted, al fin,
que siempre el cerdo más ruin
lleva la mejor bellota?

FERNANDO. Sí; pero es que la mujer
a ese bruto destinada
me tiene el alma hechizada,
me tiene robado el ser.
Y antes la muerte quisiera
que verla no ya oprimida
por tal monstruo, sino unida
a un rey que reina la hiciera.
Voy por todo a atropellar,
que es mi vida, es mi tesoro,
serafín a quien adoro,
y la vengo aquí a librar.

MARTA. ¿De acuerdo con ella...?

FERNANDO. Sí.

Mas también su padre viene,
y es él que el empeño tiene
de unirla a ese jabalí.

(Resuelto.)

Pero o yo no soy quien soy,
o lo tengo de estorbar.

MARTA. ¡Buena zambra se va a armar!

FERNANDO. A todo resuelto estoy.

Y si usted a mi auxilio acude
y me da la mano un poco...

MARTA. (Sorprendida.)

¡Señor!... ¿Se ha vuelto usted loco?

FERNANDO. Preciso es que usted me ayude.

MARTA. Mas, señor, ¿no considera

lo que va a perder la casa
si en ella algún lance pasa?

Al cabo, una posadera...

FERNANDO. No hay remedio, patroncita;

aquí no se va a fraguar
ningún crimen que lavar
no pueda el agua bendita.

Sólo vamos a impedir
un monstruoso casamiento,
para hacer otro al momento
que todos han de aplaudir.

MARTA. Pero ¿el padre y ese mozo
pondrán en el Cielo el grito?

(Don Fernando hace un gesto afirmativo, que escama a Marta.)

No entro en nada, lo repito;
antes me tirara al pozo.

La Empresa de diligencias
me echará de la posada...

FERNANDO. Mas ¡si no se va a hacer nada

que ataque sus pertenencias!

MARTA. Pero que los pasajeros
no sean molestados, le es
de muchísimo interés.

No, no puedo complacerlos.

FERNANDO. ¿Y he de perder mi tesoro?

MARTA. Conmigo no hay que contar.

FERNANDO. ¿Conque me va usted a dejar
así..., en las astas del toro?

(Con gran resolución.)

Pues, señor, resuelto estoy;
solito lo sabré hacer.

Buena garata va a haber
en esta posada hoy.

(Fingiendo estar despechado.)

Al llegar la diligencia

(Saca el sable.)

meto mano al sable..., y...

MARTA. (Asustada.)

Señor..., señor... ¡Ay de mí!

Por Dios, tenga usted prudencia.

FERNANDO. (Sin hacerle caso y con gran rapidez, fingiendo furor y esgrimiendo el sable.)

Mato al padre, al conductor,
y hasta a los escopeteros
y a cuantos intenten, fieros,
arrebatar me mi amor.

Prendo fuego a la posada,
y en medio del alboroto
confusión y terremoto
salvo a mi prenda adorada.

MARTA. (Muy apurada.)

¡Señor!... ¿Está usted demente?

La Justicia acudirá...

FERNANDO. Y a la cárcel llevará
a todo bicho viviente.

Yo que militar me veo,
entre tanta batahola,
lograré escurrir la bola,
y ahí queda el tajo, «laus Deo».

Y verá usted derretirse
su parador y sus postas
para el pago de las costas.

MARTA. (Muy afligida.)

Vaya, es cosa de morir.

FERNANDO. Todo lo verá perdido.

MARTA. Pero, señor capitán,
¿ha de ser su merced tan...?

FERNANDO. (Envainando el sable.)

Amiga, darse a partido.
Si usted ayuda mi intento
no habrá escándalo ni broma;
mas si usted parte no toma,
lo dicho, dicho, y lo siento.

MARTA. (Como aviniéndose.)

Pero usted ¿qué quiere hacer?

FERNANDO. Deshacerme es lo que quiero
de ese pobre majadero
y robarle su mujer.

MARTA. (Horrorizada.)

¿Qué dice usted?... ¡Ay Dios mío!
¡Matar tan así!... ¡Robar!
¿Dónde vamos a parar?
Me deshago en sudor frío.

FERNANDO. (Risueño.)

No sea usted tonta, patrona.

MARTA. ¡Ay de mí!... Temblando estoy;
en cas del alcalde voy...

¡Jesús..., Jesús!... ¡Qué intentona!

FERNANDO. (Acercándose con dulzura y asiéndola del brazo.)

Venga usted, venga, ¡por Dios!,
y escuche, y no tenga miedo.

MARTA. Si apenas respirar puedo.

FERNANDO. Entendámonos los dos.

No se trata de hacer daño
ni de escándalo ninguno,
sino de dar oportuno
remedio con un engaño
inocente a la aflicción
de una infeliz señorita,
muy amable y muy bonita...

MARTA. No tengo resolución.

FERNANDO. Si usted con disimular

ayudarme a mí a mentir,
y solamente decir
lo que convenga, o callar,
me saca de tal apuro...,

(Acercándose con malicia.)

y usted no lo perderá.

Tarambana logrará
su licencia, se lo juro.

Me lo dejaré en Bailén,
y..., vamos claros, patrona.

MARTA. Si es que a ninguna persona
se va a hacer daño..., está bien.

FERNANDO. (Aparte.)

¡Muy buena tecla he tocado!

MARTA. Yo, por mí...

FERNANDO. Mis intenciones

le diré en breves razones,

y usted no tenga cuidado.

Lo primero, déme usted

aquí, pronto, una comida

para mí y para él, servida

con lo primero que esté.

MARTA. (Señalando delante de la mesa que está ya puesta.)

¿Allí en la mesa?

FERNANDO. (Señalando delante de la puerta de su cuarto.)

No, aquí;

y venga vino, aguardiente,

y licor..., cuanto aparente

sea para...

MARTA. Ya comprendí.

FERNANDO. Y usted, el mozo y la doncella

no han de decir que ha llegado

ese hombre aquí.

MARTA. ¿Y su criado?

FERNANDO. (Desconcertado.)

Es verdad..., ¡pese a mi estrella!

(Recapacitando.)

Y qué, ¿Berrio no podría...?

MARTA. Señor, es tan majadero...

FERNANDO. Bien; yo le hablaré primero.

MARTA. Eso muy bueno sería.

En cuanto a mí y Juliana,

usted puede descansar.

(Se va y vuelve.)

¿Y de veras va a lograr

su licencia Tarambana?

FERNANDO. Sin duda, al instante, sí,

que mi palabra le doy;

y si esta noche me voy

se lo dejo a usted aquí.

Pero vamos, vamos pronto;

la comida, que es ya tarde;

usted silencio me guarde;

y déjeme con el tonto.

(Vase Marta.)

ESCENA XII

DON FERNANDO, solo.

FERNANDO. Detenga en ese camino

a la diligencia, Dios,
dos horas siquiera, dos,
y es dichoso mi destino.

ESCENA XIII

DON FERNANDO y MARTA

Saca MARTA una mesilla chica con un mantel.

MARTA. ¿Aquí?

FERNANDO. (Señalando la puerta de su cuarto.)

Sí, aquí.

MARTA. (Deja la mesa y llama en voz alta.)

¡Juliana!

(A Don Fernando.)

La he mandado a la bodega.

FERNANDO. Pronto, que si el coche llega...

MARTA. Ya avisará Tarambana.

ESCENA XIV

Los mismos y BERRIO, que trae un harnero en las manos.

BERRIO. ¡Vaya un patán mentecato!

Cuidado que a mí a animal

pocos me ganan, y al tal

no le llego yo al zapato.

¿Pues no iba a comprar cebada

a la tienda?

MARTA. ¿Cómo...? ¿Y fue?

BERRIO. Qué había de ir; digo... Pues qué,

¿no sirvo yo aquí de nada?

A tomarla del arcón

vengo.

(Abre el arcón y se pone de pechos sobre él, metiendo los brazos y el harnero.)

Y en verdad no llega

lo que hay a media fanega;

apenas cubre el hondón.

MARTA. Después se abrirá el granero,

y el arcón se llenará.

BERRIO. (Sin levantar la cabeza.)

No, para esta noche habrá.

(Hablando consigo.)

Ahora no topo el rasero...,

y la cuartilla también...

FERNANDO. (A Marta.)

Pronto, patrona.

MARTA. (Llamando.)

Juliana,

¿no vienes hasta mañana?

JULIANA. (Dentro.)

Ya voy en un santiamén.
(Vase Marta.)

ESCENA XV

DON FERNANDO y BERRIO

BERRIO. (Sacando el harnero con cebada y dejándose levantada la tapa del arcón.)

Pues, señor, aquí va el pienso
para ese infeliz ganado
que en su vida habrá logrado
engullirlo tan extenso.

(Va a marcharse.)

FERNANDO. ¡Hola, amigo!... Berrio, espera.

BERRIO. (Pavoneándose y sin detenerse.)

Voy de oficio y cirimonia.

FERNANDO. (Corriendo a detenerlo.)

Pues no es mala parsimonia.

(Asiéndole de un brazo.)

Oye, o te abro la mollera...

BERRIO. (Parándose.)

Oigo... Pero usted retarda
las funciones de mi oficio.

FERNANDO. (Aparte.)

Este hombre está sin juicio:
merece sólo una albarda.

(Alto.)

Oye...

BERRIO. Pues oyendo estoy.

FERNANDO. Conque di: ¿es tan animal
ese pobre mayoral?

BERRIO. Mucho más que yo lo soy.

FERNANDO. (En tono misterioso.)

Pues si encerrarlo pudieras
por esta noche...

BERRIO. Qué..., ¿es loco?

FERNANDO. Tiene de locura un poco.

BERRIO. (Riéndose.)

¿Lo dice usted eso de veras?

FERNANDO. Sí, enciérralo en un granero,
pajar o camaranchón.

BERRIO. ¿Y que piense el muy bobón
que soy yo aquí carcelero?

FERNANDO. Es que te interesa a ti
más que a nadie.

BERRIO. Si está loco,

no me da mucho ni poco
cuidado, señor, a mí.

Porque al primer cachete,

si se me acerca, el jüicio
le he de poner tan en quicio,
que sepa cuántas son siete.
FERNANDO. Más que loco es gran bellaco,
y con mala intención viene;
grande ojeriza te tiene,
y dice...

BERRIO. ¡Voto al dios Baco!
¿De veras...?

FERNANDO. Sí...; y el muy tuno,
me lo ha dicho Tarambana,
de robarte a Juliana
busca momento oportuno.
Y finge...

BERRIO. (Enfurecido.)
¿Sí?... En el pajar,
¡vive Dios!, ha de dormir.

FERNANDO. Pero a nadie has de decir...

BERRIO. ¡Ay!, ¡que soy un rejalgar!
(Vase.)

ESCENA XVI

DON FERNANDO, solo.

FERNANDO. Pues, señor, va grandemente;
si Tarambana viniera
de grande auxilio me fuera
para regir a esta gente.

ESCENA XVII

DON FERNANDO y MARTA

Sale MARTA con JULIANA y colocan sobre la mesilla varios platos y tres o cuatro
botellas de distintos tamaños, y se retira JULIANA.

MARTA. Ya está todo; valdepeñas,
jerez, licor, anisete.

FERNANDO. (Examinando la mesilla.)
No está malo el tenderete;
estad atenta a mis señas
para servir...

MARTA. Lo estaré.
(Mirando a la entrada.)

Ya viene.

FERNANDO. ¿Viene? Al avío.
Patrona, en usted confío.

MARTA. Pues descuide su merced.
(Vase.)

ESCENA XVIII

DON FERNANDO y DON LESMES

LESMES. Ya que he visto echar el pienso
y comérselo a mis mulas,
que sin esta diligencia
pudieran quedarse ayunas,
vengo, primo, a que me obsequies,
pues es incumbencia tuya,
y a que en diversión y broma,
que todas las penas curan,
distráigamos las que tengo
por el retardo...

FERNANDO. (Cortésmente.)

 Mi justa
solicitud en servirte
te he prevenido, y si gustas,
comeremos brevemente,
que ya, como ves...

(Le indica la mesilla.)

LESMES. (Acercándose muy contento.)

 Es mucha
tu discreción... ¡Hola, hola!
¡Ay, qué botellas tan cucas!
¿Aquí será el vino bueno?
El de Linares es zupia.

FERNANDO. ¿Tú serás aficionado
a un trago?

LESMES. No me repugna,
pues si en casa de Inesilla,
con Manolillo el granuja,
corro en Linares más bromas,
por más que padre refuñe.

FERNANDO. (Aparte.)

A pedir de boca sale
mi intentona.

(Alto.)

 Pues qué, ¿dudas?
Vamos, embistamos pronto,
y toda etiqueta excusa.

(Se sientan.)

LESMES. (Examinando lo que hay en la mesa.)

¡Ay pimientos en vinagre!

¡Qué rico!

FERNANDO. Primo, ¿sin duda,
remojarle ese garguero
antes de todo acostumbras?

(Le echa vino en el vaso.)

LESMES. Mucho que sí; sobre seco

todo sienta mal.

FERNANDO. (Dándole el vaso.)

Pues upa.

LESMES. Venga.

(Bebe.)

¡Especial, exquisito!

(Reconoce de nuevo la mesa.)

¡Chuletas y sobrehusa!

Me das, primo, un gran banquete.

(Se pone a comer.)

En mi vida he visto juntas
tantas cosas..., que allá padre
es tan tacaño, que asusta.

Y siempre anda regañando
por si es cara la verdura,
y sobre si...

FERNANDO. (Llenándole de vino el vaso.)

Un trago.

LESMES.

Venga.

(Bebe.)

¡Válgame Dios, qué hermosura!

(Sigue comiendo.)

Un día se armó una danza
por si eran pocas o muchas
las migas...

FERNANDO. ¿Conque tu padre
de la economía gusta?

LESMES. Como a él lo tienen a dieta,
a todos enfermos juzga.

FERNANDO. (Dándole vino de otra botella)

Toma jerez...; pero bebe
como los soldados usan,
de un tirón.

LESMES. (Bebe hasta apurar el vaso.)

Sí; a lo soldado,

que no nací para cura.

FERNANDO. Y de la novia, ¿te acuerdas?

LESMES. (Ya alegre.)

Por mí, aunque no venga nunca...

FERNANDO. ¿Qué me dices?

LESMES. Yo, primito,

adonde me ves, soy trucha.

FERNANDO. (Sirviendo vino de otra botella.)

Valdepeñas...

LESMES. Mas tú bebe,

que no pruebas ni una uva.

FERNANDO. (Echando en su vaso.)

¡Bebamos, pues, valdepeñas.
LESMES. ¿Quién brindis tuyo rehusa?

(Beben.)

¡Caramba, y qué calorcito
siento ya en las asaduras!
(Se quita el frac y la corbata.)

FERNANDO. ¿Tú tendrás allá, en tu pueblo,
mil queridas?

LESMES. Tengo muchas;
padre rabia. Mas ¿qué importa?

FERNANDO. Pero ¿no tiene alguna
sultana?

LESMES. ¡Caramba, primo,
a ti Satanás te apunta!...
Pero, vaya..., si te quiero
tanto..., que nada te oculta
mi cariño.

FERNANDO (Sirviéndole de otra botella en una copita.)

Aguarda: toma
anisete... ¿No te gusta?

LESMES. Sí; venga acá el anisete.
(Bebe.)

FERNANDO. Conque di, di.

LESMES. No te aturdas.

Tengo una muchacha..., ¡ay primo!

¡Qué chica!... De Malas Pulgas,
el viejo ascímero, es hija.

Más fresca que una lechuga,
alta, muy morena, roma,
ojinegra, cejijunta...

Yo se la quité al sargento
de bandera..., y..., ¡Virgen pura!,

¡qué moza!... Yo ya estuviera
con ella hasta las enjundias

casado...; pero mi padre,
sólo por chismes del cura,
la echó de casa, y estaba
más gorda que ha estado nunca,
y más hermosa..., y la quiero
más que a cuatro primas juntas.

(Bebe y come desatentado, empezando a demostrar que está borracho, y va creciendo su embriaguez.)

FERNANDO. (Aparte.)

¡Qué animal y qué vicioso!

¿Y aquella hermosa criatura
iba a ser víctima...? ¡Cielos,
lo que los padres se ofuscan!

LESMES. Venga... anisete.

FERNANDO. (Le sirve anisete.)

Bien; dime...

LESMES. ¿De qué hablaba?... Ya, de Curra.

(Bebe.)

Mas, aunque la quiero tanto,
tengo también otras muchas,
y si no fuera por miedo
de los mozos, que dan tundas,
y que ya me han santiguado,
no se escapaba ninguna.

Tengo mucho aquel, y mucho
garabato... Mi figura
y mi traje las encanta.

Tengo un partido que asusta.

El gallito soy del pueblo.

FERNANDO. Y qué, primo, ¿tú no fumas?

(Saca una petaca.)

LESMES. ¿No he de fumar?

FERNANDO. Toma un puro.

(Se lo da. Aparte.)

A ver si el humo lo atufa.

LESMES. (Enciende un fósforo que saca del bolsillo, y luego, el cigarro.)

¡Si vieras con la Gazapa,
la hija de la tía Virutas,
la que vende caracoles,
y muchos dicen que es bruja,
los bromazos que he corrido!
Mas me ocurrió una aventura...

Era un lunes por la noche,
y yo, en la calle, a la husma,
hasta que entré. Entré y le dije:

«Gloria, ¿quieres correr una
bromita?... Ven, te convido
a aguardiente y aceitunas.»

Me dijo: «Bueno.» Y ¡qué cara
puso al decirlo tan chula!

«Veremos si duerme madre»;
y entró, y salió, y con Catuja,

la primilla, fuimos juntos
a la revuelta. Yo en busca
fui de un guitarro, y encuentro
al volver, aún me espeluzna,
con su hermano, que soldado
fue en la pasada trifulca...,

Y, vamos, con una tranca
me recibió y una murria,

que...

FERNANDO. ¿Defendiste tu dama?

LESMES. Sí, primo; me puse en fuga.

FERNANDO. (Levantándose. Aparte.)

Este hombre está ya borracho;

pero no le da la turca

por dormir, y estoy perdido.

LESMES. (Se levanta tambaleando.)

Dime, primo... Aquí habrá muchas

muchachas en este pueblo...

Tú conocerás algunas.

¿Vamos de broma?

FERNANDO. ¡Ay Lesmes!,

los mozos de aquí son furias,

y cascan unas palizas...

LESMES. Yo solo..., a tentar fortuna

no me aventurara; pero

contigo, que en la cintura

llevas ese chafarote...,

voy sin miedo...

FERNANDO. (Aparte.)

Si yo alguna

casa en Bailén conociera

donde llevarlo...

ESCENA XIX

Los mismos y BERRIO

BERRIO. (Levantando en alto una llave que trae en la mano.)

Aleluya,

ya está hecho aquello. La llave

está aquí.

FERNANDO. (Haciendo señas que calle.)

¡Chito!

BERRIO. La urnia

en que está el santo es la cuadra

donde se encierra a las burras

parías... No tiene escape.

FERNANDO. (Acercándose a Berrio.)

¡Bravo, Berrio!... Disimula.

LESMES. (Tambaleándose.)

Primo..., ¿conque vamos?

FERNANDO. ¿Dónde?

LESMES. A enamorar cuatro chuscas.

ESCENA XX

Los mismos y MARTA y JULIANA

MARTA. Juliana, quita la mesa.

(En secreto.)

Cuidado, que sorda y muda
has de estar a todo.

JULIANA. Entiendo.

(Se acerca a quitar la mesilla, y Don Lesmes repara en ella.)

LESMES. ¡Ay, qué chica tan...! Me gusta.

¿En dónde ha estado metida,
que no la he guipado nunca?

(Se acerca dando traspiés.)

¡Remonona!

JULIANA. (Con despego.)

Vaya un bruto...

LESMES. (Queriéndole tomar la cara.)

Te rebosa la sandunga.

Te voy a dar un abrazo,
aunque la tierra se hunda.

BERRIO. (Corre celoso y le detiene del brazo.)

Caballero, arre, a la cuadra;
vaya a abrazar a sus mulas.

LESMES. (Retrocediendo.)

Y ¿quién al patán le mete...?

(Bajo, a Don Fernando.)

Dame, primo, dame ayuda.

BERRIO. (Irritado.)

Si se atreve con mi novia,
¡vive Dios!, que la asadura
le saco.

LESMES. (Envalentonado)

¡Cómo, insolente!

(Bajo, a Don Fernando.)

Primo, defiende tu alcornia.

(Don Fernando le azuza.)

¿A mí, que soy de Linares
el ternejal, el que asusta
a los moros y cristianos...?

BERRIO. Aunque sea Holofernes, burlas
no sufro yo con mi novia.

(Don Fernando azuza a Don Lesmes.)

LESMES. ¿Tu novia? ¡Quia! Chica, escucha.

(Bajo, a Don Fernando.)

No te apartes, primo mío,
de mí el negro de una uña.

(Alto, a Juliana.)

¿Novia tú de ese zopenco?...

¡Quia!... Salero..., si tú gustas,
soy tu novio desde ahora.

BERRIO. Veremos quién se la puja.

(Acomete a Don Lesmes.)

LESMES. (A don Fernando.)

Primo, defiéndeme.

(Luchan Berrio y Don Lesmes.)

FERNANDO. ¡Lesmes!

Berrio aprieta; muy bien luchas
vaya lo que puede el vino.

MARTA. (Queriéndolos separar.)

Señores..., ¡qué barahúnda!

JULIANA. (Asustada.)

Señor capitán...

FERNANDO. Dejadlos.

(Cae Don Lesmes al suelo, al pie del arcón.)

A la cuadra de las burras
con él, Berrio.

LESMES. (En tierra.)

¡Primo!... ¡Primo!...

BERRIO. (Reparando en el arcón abierto.)

No tan lejos, ¡voto a Judas!

El arcón de la cebada
sírvale un rato de tumba.

(Coge a Don Lesmes, lo mete en el arcón, echa la tapa, cierra con la llave, que estará puesta en la cerradura, y se la guarda en el bolsillo, y se sienta sobre el arca, como triunfante, todo con gran rapidez.)

FERNANDO. (Palmoteando.)

¡Bravo! ¡Bravo!... Amigo Berrio,
la victoria ha sido tuya.

Que no se escape, que duerma
dentro del arcón la turca.

Y a nadie digas, a nadie,
aunque lluevan las preguntas,
que ahí dentro está ese zanguango.

BERRIO. (Muy hueco.)

¿Soy un niño de la Inclusa?

ESCENA XXI

Los mismos y TARAMBANA

TARAMBANA. (Sale apresurado.)

Ya llega la diligencia.

FERNANDO. (Agitado.)

A ocasión muy oportuna.

¡Tarambana, Tarambana!

TARAMBANA. ¡Señor!

FERNANDO. (Apresurado.)

Quédate, y procura
que no diga nadie, nadie,
que hay aquí persona alguna

de Linares... La patrona
te dirá...

MARTA. No tenga duda
de que todo irá a su gusto.

FERNANDO. Voy a que esa estrella pura
de mi amor, al verme, vea
que hay quien la ampara y la escuda.
(Vase. Cae el telón.)

Acto segundo

ESCENA PRIMERA

Salen del brazo DON FERNANDO y DOÑA CLARA, y en seguida, DON LUIS, DOÑA GENOVEVA, MARTA y cuatro VIAJEROS más; unos se sientan junto a la mesa, otros entran en los cuartos o suben al corredor y se pasean de un lado a otro.

FERNANDO. (Recatándose de los demás.)

Anímese usted, Clarita.

CLARA. (Muy agitada.)

¡Ay de mí!

FERNANDO. No acobardarse.

CLARA. Con haber a usted encontrado
mis esperanzas renacen.

FERNANDO. Gran disimulo, que luego
le descubriré mis planes.

Mas preciso es resolverse...

CLARA. Que mi papá no se escame.

LUIS. (A Marta.)

Conque decid: ¿no ha venido
ningún coche de Linares?

(Don Fernando hace señas con disimulo a Marta para animarla a que diga que no.)

MARTA. (Turbada.)

No, señor.

LUIS. (Impaciente.)

¿Ni una persona
que aquí debe de esperarme?

¿Un señorito...?

(Don Fernando hace señas a Marta.)

MARTA. Ya entiendo,
Pero... no ha venido nadie.

LUIS. ¿Hay en Bailén más posadas?

MARTA. Hay otras; pero son tales,
que sólo los arrieros
paran en ellas.

LUIS. (A Doña Clara.)
 Buscarle
es fuerza. Estará en alguna,
ignorando... Y puede darse
que venga por el camino,
pues no es al cabo tan tarde.

(A Marta.)
¿Cuántas horas se detiene
la diligencia?

MARTA. No sale
hasta muy de mañanita.
Cuando llega el carruaje,
que hoy duerme en Andújar, siempre
algunos viajeros trae
para Granada, y, por tanto,
hasta que llegan no parte
esta góndola.

LUIS (A Doña Clara.)
 Ya; entonces
harto tiempo hay de esperarle.

GENOVEVA. ¿Qué esperar?... Ni por pienso.
Se va a comer al instante,
que viene una molida
y con gana de quitarse
el corsé y..., ¡Jesús!..., de modo
que ya no hay quien tenga aguante.
¿Esperar?... No fuera malo,
tras de doce horas mortales
de coche, y por esas cuestas,
muerta de miedo y de hambre.

LUIS. Señora, si yo no digo
que la cena se retarde.

GENOVEVA. Ya, por si acaso.

MARTA. La cena
lista está. En cuanto manden
sus mercedes la pondremos.

GENOVEVA. Pues que al momento la saquen.

LUIS. (Dándole la mano a Don Fernando.)

¿Y usted, señor don Fernando,
en Bailén qué es lo que hace?
Buena sorpresa he tenido
con el gusto de encontrarle.

FERNANDO. Y yo igualmente. Y quisiera
en su servicio emplearme.
Estoy con una partida
de persecución.

LUIS. Ya.

GENOVEVA. (Acercándose con mucho remilgo.)

¿Y sale
usted a prender ladrones?
¡Ay! Cuide usted no le maten.
¿Y tiene usted presos muchos?...

FERNANDO. (Con socarronería.)

Dos he prendido esta tarde.

GENOVEVA. (Acercándose más.)

¡Ay!, que al verle a usted se acaban
mis sustos y mis afanes.

¡Ojalá todo el camino
fuera nuestro acompañante!

Que está plagado, plagado...

FERNANDO. ¿De qué, señora?

GENOVEVA. De infames
forajidos.

FERNANDO. (Con interés, dirigiéndose a Don Luis y a Doña Clara.)

¿Por desgracia
han visto ustedes?

GENOVEVA. Millares.

LUIS. Ni una mosca en el camino
se encuentra.

GENOVEVA. (Con retintín.)

Digo, ¿ayer tarde
no vimos...?

LUIS. Sí, leñadores.

GENOVEVA. ¡Leñadores!... Dios nos guarde,
con unas fachas..., y armados
de trabucos y de sables...

LUIS. No hay tal, doña Genoveva.

GENOVEVA. (Volada.)

Sí, señor; no dirá nadie
que aquéllos no eran ladrones.

LUIS. (Con desprecio)

Qué ladrones...

GENOVEVA. ¿Y al pararse

esta mañana en la cuesta
el coche, un poquito antes
de salir el sol, no vimos
entre aquellos olivares...?

LUIS. Dos guardas.

GENOVEVA. Sí, dos demonios,
tan guardas como mi padre.

LUIS. (Aburrido.)

Señora, usted ve visiones:
en cada mata nos hace
una legión de vestiglos,

y nos muele con visajes,
con rezos y patatuses.

GENOVEVA. (Picada.)

Su ánimo de usted es grande;
como que perder no tiene...

LUIS. Sí, tengo tal: mi equipaje
y mi dinero. Que al cabo...,
y el susto.

GENOVEVA. Y ¿qué compararse
puede el tesoro del mundo
con los insultos brutales
que sufrimos las señoras
cuando los ladrones salen...?
¡Qué horror!... De pensarlo sólo
se me estremecen las carnes.

(Santiguándose.)

¡Ay Jesús!... ¡Ave María!
Malditos sean los viajes.

LUIS. Pero yo, señora, creo
que debe usted sosegarse.
Pues preciso era que fuesen
los ladrones muy voraces
para atreverse...

GENOVEVA. (Irritada.)

Sin duda,
lo hicieran sin esforzarse.
Y con un canto en los dientes
se dieran los muy tunantes;
muchito que se atreverían...

(A Don Fernando.)

Y si no, que el señor hable.
¿No es verdad...?

FERNANDO. (Conteniendo la risa.)

Sin duda alguna,

GENOVEVA. (Satisfecha.)

A ver si el señor, que sabe
mejor que usted estas cosas...

LUIS. Ya está usted fresca.

(A Marta.)

¿Conque antes
de comer habrá un momento
para siquiera lavarse?

MARTA. Hay, sí, señor. Sus mercedes
pueden pasar adelante,
pues los cuartos están listos,
sin que nada en ellos falte;
los caballeros, abajo;

las señoras, en la parte
de arriba.

(Llama)

Juliana, pronto,
ven sus cuartos a enseñarles
a estas señoras; ven pronto...

LUIS. (A Marta.)

Disponga usted que me bajen
mi saco de noche.

GENOVEVA. Y una
cajita de cartón grande
que está...

MARTA. El conductor, señores,
hará que al punto se alcance
de la imperial todo aquello
que ustedes necesitaren.

(Vase.)

ESCENA II

Los mismos, menos MARTA, y luego, JULIANA.

DON LUIS se pone a hablar con DON FERNANDO

GENOVEVA. (Aparte, contemplando a Don Fernando.)

Vaya si es un lindo mozo.

Me ha mirado con un aire...

Siempre mi tema: en el mundo
no hay más que los militares.

(Alto a Juliana, que sale a la escena.)

¿Conque aquélla es la escalera?

No es muy mansa.

JULIANA. Iré delante.

(Vanse.)

ESCENA III

DON FERNANDO, DOÑA CLARA y DON LUIS

LUIS. (A Doña Clara.)

Pues vamos... Y tú, hija mía,
no te aflijas... ¡Qué diantre!

vendrá por ese camino;
es imposible que tarde.

Y si no viene, irá un hombre
con carta nuestra a Linares.

Mira si ahora necesitas
que alguna cosa te saquen
del coche. Pues yo haré luego
que todo nuestro equipaje
se traiga al cuarto.

CLARA. Quería

sólo mi saco.

LUIS. (Dándole una llavecita que saca del bolsillo del chaleco.)

La llave

es ésta; toma. No olvides
mi paraguas nuevo, y tráete
aquella excusabaraja
que en la arquilla de delante
se puso anoche, ¿te acuerdas?

CLARA. Sí, señor.

LUIS. Pues bien; no tardes.

FERNANDO. Si usted gusta, mi asistente
hará cuanto se le mande.

LUIS. Lo agradezco: que eche mano...

(Se dirige a su cuarto.)

FERNANDO. A todo; voy a llamarle.

(Entra Don Luis en su cuarto y cierra la puerta.)

ESCENA IV

DON FERNANDO y DOÑA CLARA

FERNANDO. (Con recelo y precipitación, después de cerciorarse de que no hay nadie que le vea.)

¡Oh Clarita!..., aprovechemos,
para combinar un plan,
que termine nuestro afán
este instante que tenemos.
Urge el tiempo, insta el apuro,
y si usted resolución
no muestra en esta ocasión
nos perdemos de seguro.

CLARA. (Muy agitada.)

¡Ay don Fernando!

FERNANDO. Ángel mío,

hecho está cuanto hay que hacer;
mas todo se va a perder
si no demuestra usted brío.
La fuga es el solo medio;
huyamos de aquí los dos
esta noche misma.

CLARA. ¡Ay Dios!

FERNANDO. Clarita, no hay más remedio.

La diligencia que viene
de Sevilla llegará
de madrugada y podrá
llevarnos como conviene
a Madrid. Allí mi tía...

CLARA. (Asombrada.)

Pero ¿cómo, don Fernando?

FERNANDO. Saliendo de aquí volando:
antes que despunte el día.

Y allá, en medio del camino,
la góndola tomaremos.

CLARA. (Turbada.)
Mas decid: ¿cómo podremos...?
Me parece un desatino.

FERNANDO. (Mortificado.)
¿Desatino? Bien está.
Deje usted mi amor burlado
al momento que empeñado
en tan duro lance está.

CLARA. (Estremecida.)
Don Fernando, usted no ignora
que le quiero..., y por usted...

FERNANDO. Bien en la ocasión se ve,
bien me lo demuestra ahora.
Cuando a su carta, obediente,
la tengo en salvo...

CLARA. (Animada.)
¡Oh placer!

FERNANDO. Mas todo lo echa a perder
si en la fuga no consiente.
Y si usted, ¡ay!, conociera
a ese monstruo, a ese animal...

¡Oh, qué suerte tan fatal
entre sus garras la espera!

CLARA. (Con viveza.)
¿Lo conoce usted...? ¿Lo ha visto?

FERNANDO. Sí, señora; es un camello,
que jamás de ángel tan bello
dueño será, ¡voto a Cristo!

CLARA. (Con ternura.)
Por mí, aunque un Adonis fuese,
aunque un rey... ¿Qué me importa?
¿No conoce usted a Clara?...
Mas medio tan duro es ese
de la fuga...

FERNANDO. Pues no queda
otro a nuestro triste amor.

CLARA. (Acobardada.)
Pero..., mañana mejor
combinarse acaso pueda...,
y..., antes algún paso dar...

FERNANDO. (Con vehemencia.)
¿Mañana? Volved en vos.
Esta noche, y ¡plegue a Dios!,

que aún nos podemos salvar.
Es el peligro inminente
y el apuro más tremendo
de lo que pensáis.

CLARA. No entiendo

que sea el caso tan urgente,
pues aún no ha venido aquí,
gracias al Cielo, ese hombre.

FERNANDO. (Con énfasis.)

Clarita, aunque usted se asombre,
ha venido y está allí.

(Señala al arcón)

CLARA. (Retrocediendo aterrada.)

¡Qué horror, qué horror! ¡Don Fernando!

¿Es posible? ¡Ay Dios, qué miedo!

Respirar apenas puedo...

¿Le ha dado usted muerte? ¿Cuándo?

FERNANDO. (Riéndose.)

¿Cómo muerte, mi Clarita?

¿Eso piensa usted de mí?...

Vuelva usted, por Dios, en sí;
calme el terror que la agita.

¿Yo matar a un mamarracho
de sacramento incapaz?

Ahí dentro descansa en paz.
no muerto, sino borracho.

CLARA. (Pasmada.)

¡Jesús..., y qué calavera
es usted!... Pero ¿es verdad...?

FERNANDO. (Acercándose al arcón.)

Toma si es...; venid, mirad...

(Quiere levantar la tapa, y como está cerrada con llave, no puede.)

Oigale roncar..., siquiera.

CLARA. Vaya, es usted el demonio;

él sólo pudiera urdir...

FERNANDO. A todo trance impedir

era fuerza el matrimonio.

Y a Dios gracias, que a mi cholla

se le ocurrió emborrachar

al tal niño del lugar,

fraguando una linda embrolla,

y es preciso luego, luego,

mientras su zorra está verde,

y antes que de ella recuerde,

tomar las de Villadiego.

CLARA. (Indecisa.)

Sí; mas... ¿cómo puede ser...?

Decid...

FERNANDO. Yo os daré la idea,
pero es preciso que sea
antes del amanecer.

CLARA. Yo estoy sin mí, don Fernando.

FERNANDO. Pues yo resuelta la quiero.

CLARA. (Apurada.)

Pero dígame primero
cómo ha de ser esto, y cuándo.

FERNANDO. Voy a escribir un papel
que le daré a usted al cenar;
si antes no la puedo hablar,
haga cuanto diga en él.

(Notando que alguien se acerca)

Ánimo y resolución.

CLARA. Alguien viene; yo me voy.

FERNANDO. En expectativa estoy
acechando otra ocasión.

(Vase Doña Clara. Salen Marta y Juliana.)

ESCENA V

DON FERNANDO, MARTA y JULIANA

DON FERNANDO, en el proscenio, y MARTA, acabando de aderezar la mesa y entrando y saliendo.

FERNANDO. (Paseándose.)

Si salgo esta noche alante
y el embrollo acaba en bien,
no hay en todo el mundo quien i
en dicha se me adelante.

Doña Clara está corriente,
no hay duda... ¡Cuánto la quiero!
¡Qué corazón tan sincero,
qué niña tan inocente!

Jamás me había parecido
tan linda... Pero no sé
cómo esta noche podré...

Nada, nada hay prevenido,

(Reflexionando.)

El afufarse esta noche
no es difícil, ni tampoco
salir de Bailén y a poco
entrar en el otro coche.

Sí; sus padres, todo el mundo,
a los tres días de viaje,
molidos del carruaje,
están en sueño profundo.

(Pausa.)

Me ocurre que, disfrazada,
debo sacarla de aquí,
y no tiene duda, sí,
con la ropa de la criada.
Y yo también disfrazado,
aunque cualquiera nos vea,
no habrá miedo de que sea
nuestro plan desconcertado.

(Pausa.)

No hay más que tomar el trote;
nadie, nadie nos detiene.
¿Y si la góndola viene
acaso de bote en bote?

(Resuelto.)

Nada importa; el carrochino
me servirá de ese tonto,
que Tarambana muy pronto
me lo sacará al camino.
Pues ya no hay más que pensar:
a escribir las instrucciones
que en críticas ocasiones
se debe por medio echar.

(Va a entrar en su cuarto, y lo detiene Marta.)

MARTA. Señor, ¿está usted contento...?

Me parece...

FERNANDO. Bien, amiga.

MARTA. A hacer cuanto usted me diga
estoy dispuesta al momento.

¡Qué señorita tan guapa!
¡un sol!... ¡Qué lástima fuera
que ese tonto consiguiera...!

FERNANDO. No hay cuidado, no la atrapa.

MARTA. Ya veo que usted lo entiende.

FERNANDO. Sígame usted dando ayuda.

MARTA. Yo le serviré, no hay duda,
en cuanto de mí depende.

Y ¿Tarambana, señor...?

Porque al cabo el pobrecito...

FERNANDO. Su licencia, lo repito,
y un regalo de valor.

MARTA. Y Dios se lo pagará.

Voy corriendo a disponer
que les sirvan de comer,
que muy tarde siendo va.

(Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA VI

DON FERNANDO y TARAMBANA

FERNANDO. Tarambana, hombre, ¿qué haces?

TARAMBANA. ¿Qué he de hacer? Alerta estar,
y dirigir y alentar
a estos necios incapaces.

La patrona y Juliana
dispuestas, mi capitán,
a cuanto se ofrezca están.

FERNANDO. (Con enfado.)

¿Pues entonces, Tarambana...?

TARAMBANA. Es que Berrio, ese bellaco...

Pero ved la señorita.

(Sale Doña Clara con un saco de noche, y con ella, Juliana, con una excusabaraja, y con un paraguas y se entra en el cuarto de Don Luis.)

ESCENA VII

Dichos y DOÑA CLARA.

FERNANDO. (Corriendo hacia ella.)

¡Válgame el Cielo!, Clarita;
déme usted, déme ese saco.

(Lo toma y se lo da a Tarambana.)

Lo llevará mi asistente,
pues no faltaba otra cosa.

(Al oído.)

¿Está usted más animosa...?

CLARA. Por usted ¿quién no es valiente?

FERNANDO. ¿Está usted resuelta?

CLARA. Sí.

FERNANDO. (Enajenado de gozo.)

Pues entonces nada tema.

¡Oh qué dicha tan suprema!

La salvo y me salvo a mí.

Siga usted las instrucciones
que le daré por escrito.

CLARA. Volando las necesito,

y que no haya confusiones.

(Vase. Tarambana sigue con el saco de noche a Doña Clara, y sale Juliana del cuarto de Don Luis. Toma el saco y sube las escaleras detrás de Doña Clara, quedándose Tarambana en la escalera.)

ESCENA VIII

DON FERNANDO y TARAMBANA

FERNANDO. (Impaciente.)

¿Qué ibas de Berrio a contar?

TARAMBANA. Que al momento va a venir

por cebada, y quiere abrir

el arcón para sacar...

FERNANDO. (Desconcertado.)

¿A ese hombre?... Y si lo despierta,
todo está perdido... ¡Hay tal!...

TARAMBANA. También con el mayoral,
gracias que estaba yo alerta,
trabó una conversación
echándola de valiente,
y fue a contar buenamente
el suceso del arcón.

FERNANDO. ¿Y lo contó?...

TARAMBANA. ¿Qué contar?...

La palabra le atajé,
y con maña le dejé
sin poder el cuento hilar.

FERNANDO ¡Vaya bestia!

TARAMBANA. Ya está aquí,
y viene con el harnero.

(Yendo a su encuentro.)

Deje usted, que darle quiero...

FERNANDO. (Conteniéndolo.)

¿Estás, Tarambana, en ti?

Si armamos ahora garata

y se altera el parador,

todo se pone peor,

y mi plan se desbarata.

Corre, di a Marta que venga,

y sin demostrar que es

su enojo en nuestro interés,

que le riña y le contenga.

(Vase Tarambana por el fondo.)

ESCENA IX

DON FERNANDO y BERRIO

BERRIO. (Pavoneándose y hablando consigo mismo.)

Supuesto que el absoluto

señor soy de la cebada,

voy sin reparar en nada

a sacar...

(Se dirige al arcón.)

FERNANDO. (Aparte.)

¡Maldito bruto!

(Poniéndose con viveza delante del arcón.)

¿Qué vas a hacer?

BERRIO. ¿Qué? Mi oficio.

FERNANDO. (Con fingida dulzura.)

¿No recuerdas?

BERRIO. Sí recuerdo;

pero el dominio no pierdo,
que es propio de mi ejercicio.
No quiero dentro en mi arcón
más tiempo tal inmundicia.

(Saca gravemente la llave del bolsillo y la va a poner en la cerradura; Don Fernando se lo impide.)

FERNANDO. (Aparte.)

Todo mi plan se desquicia.

BERRIO. Dar pienso es mi obligación,
y no me contiene nada;
conque apártese, nostramo,
puesto que soy y me llamo
mozo de paja y cebada.

FERNANDO. (Conteniéndose.)

Pero, hombre de Barrabás,
¿no ves que está ahí tu enemigo?

BERRIO. Ya le basta de castigo.

FERNANDO. (Muy apurado.)

Hombre, ¿a darle suelta vas...?

BERRIO. Aire libre, y si se suelta,
que el arcón no me profane
ni mi cebada empantane,
que no la quiero revuelta.

(Va decidido al arcón.)

FERNANDO. (Le rechaza con fuerza.)

Pues, Berrio, no lo permito.

BERRIO. Dar pienso es mi obligación:
o deja libre el arcón
o pongo en el cielo el grito.

FERNANDO. (Irritado.)

¡Vive Dios!...

ESCENA X

Los mismos; MARTA y TARAMBANA

MARTA. Berrio, ¿qué quieres?

BERRIO. Cebada.

MARTA. Ven al granero
y hártate allí, majadero.

BERRIO. ¿Y mi arcón...?

MARTA. Qué tonto eres!

(Agarrándolo del brazo.)

Ven.

BERRIO. (Guardándose la llave del arcón.)

Obedezco.

MARTA. (Saca del bolsillo la llave del granero y se la da.)

Sí. toma;

vamos.

BERRIO. (Aparte y con malicia.)
Pienso que interés
del señor capitán es
que siga y dure la broma.
(Yéndose.)
Mal me huele este amasijo;
en fin: obedezco al ama.
(Deteniéndose un momento y echando una ojeada al arcón.)
¡Por Dios Santo!, que me escama
ese hombre en ese escondrijo.
(Vase con Marta.)

ESCENA XI

DON FERNANDO y TARAMBANA
FERNANDO. De ésta escapamos; ve tú,
Tarambana, y ni un momento
te apartes de ese jumento
que se lleve Belcebú,
que yo me voy a escribir,
pues pronto se va a cenar,
y aún es preciso pensar
cómo el lance se ha de urdir...,
(Vase Tarambana.)

ESCENA XII

DON FERNANDO, solo, que se pasea meditando.
FERNANDO. Antes del amanecer...,
con ropa de Juliána...
Sí; el disfraz todo lo allana,
que al cabo nos pueden ver.
Sí, sí, decidido estoy;
pero es fuerza que el aviso
sea muy claro, muy preciso...
Al punto a escribirlo voy.
(Va a entrar en su cuarto, y sale Doña Genoveva muy atusada y compuesta, y le detiene.)

ESCENA XIII

DON FERNANDO y DOÑA GENOVEVA
GENOVEVA. ¡Hola!..., ya me tiene lista
aquí, señor capitán.
¿Sin duda que con nosotros
en la mesa cenará?
FERNANDO. Sí señora.
GENOVEVA. (Muy expresiva.)
Lo celebro;
es mucha felicidad.
Ya me he lavado todita,

de pies a cabeza. Está
el agua que es una gloria.
¡Pero hay qué cuarto! Un desván.
FERNANDO. Yo también voy un momento...
GENOVEVA. (Deteniéndole.)
Espérese usted, no tal.
Mientras que sirven la sopa
podremos un rato hablar.
¿Conque hay muchos malhechores?...
FERNANDO. (Con retintín de fastidio.)
Y malhechoras.
(Entra en su cuarto.)
GENOVEVA. (Se ríe.)
Ja..., ja...
¡Qué picarillo!...

ESCENA XIV

DOÑA GENOVEVA, sola, advirtiendo que se ha ido DON FERNANDO.

GENOVEVA. ¡Ay!, marchóse.

Es un mozo tan cabal,
pero me parece corto
de genio.

(Se sienta.)

La cortedad
en los jóvenes, de modo
que corrompidos no están,
es, al verse con señoras
solos, cosa natural
y apreciable; que en el día
se han puesto los hombres tan
insolentes, que es vergüenza,
a nadie dejan en paz.

(Después de una ligera pausa, se levanta y pasea con inquietud.)

¿Qué querrá hacer en su cuarto?...

Me inspira curiosidad.

Afeitarse y componerse;
como ha visto..., claro está.

Pues no necesita aliño,
que es un sol el capitán.

(Se pasea muy distraída.)

Un muchacho así sería
toda mi felicidad;
y él hallaría la suya,
porque al cabo mi caudal...,
y una viuda rica y joven,
y sin hijos además,
para un mozo de juicio

no es cosa de despreciar.

(Pausa.)

También una mujer sola,
aunque con todo su afán
se dedique a sus negocios...,
es imposible... Y está
expuesta siempre. Un muchacho
juicioso, y así... ¡Ojalá!

(Muy animada.)

Y no le disgusto pizca;
nada, nada... Si por más
que esa hética presumida
que viene ahí con su papá,
y que toda es miriñaque
y dengues y poca edad,
procuraba distraerlo,
no pudo de mí apartar
los ojos... ¡Y qué miradas!
Me hicieron ruborizar.
¿Quién sabe...? Si muchas veces
así..., una casualidad,
trae luego unos compromisos.

(Se abanica.)

Hace un calor infernal.

Me estoy asando...

(Pausa.)

Ya tarda;

me he de poner a observar
por el ojo de la llave...

(Va hacia la puerta del cuarto de Don Fernando, y se detiene, sorprendida.)

Mas no, que viene hacia acá
la posadera. Y hablando
con un soldado... ¡Fatal
venida!... Disimulemos.

ESCENA XV

DOÑA GENOVEVA, MARTA y TARAMBANA.

GENOVEVA. (A Marta.)

¿No se trata de cenar?

MARTA. Al momento, en cuanto salgan
los viajeros que aún están
lavándose.

(Vase por distinto lado de aquel por donde salió.)

ESCENA XVI

Los mismos, menos MARTA.

GENOVEVA. Bien, os ruego

que no se retarde más.
(Aparte, mirando a Tarambana.)
Este soldado pudiera
decirme...
(Lo llama.)

¡Chist!, militar...,
TARAMBANA (Acercándose.)
¡Señora!...

GENOVEVA. ...¿es usted soldado
de ese señor capitán?

TARAMBANA. Soy su asistente.

GENOVEVA. (Aparte.)

¡Qué dicha!
De todo a informarme va.
(Alto.)

¿Y tiene buen genio...?

TARAMBANA. ¡Toma!,
tiene un genio angelical.

GENOVEVA. Harto lo dice su cara.

¿Cómo se llama?

TARAMBANA. Don Blas.

GENOVEVA. ¿Cómo?... Pues si don Fernando
le ha llamado poco ha
el caballero que viene...?

TARAMBANA. Así le han dado en llamar
los que le conocen poco,
que es Blas Fernando.

GENOVEVA. Ya, ya.

¿Y es casado?

(Aparte.)

Toda tiemblo.

TARAMBANA. Ni tiene cara de tal.

GENOVEVA. (Aparte.)

¡Ay qué gozo!... Si me dice
que sí, me iba a desmayar.

(Alto.)

¿Y de dónde es?

TARAMBANA. De Sevilla.

GENOVEVA. Este otoño voy yo allá.

¿Y tiene padres?

TARAMBANA. Murieron.

GENOVEVA. ¿Y hermanos, tiene quizá?

TARAMBANA. Una hermana vieja tiene
casada.

GENOVEVA. ¿Casada?

TARAMBANA. Está
en Indias... Muy lejos, mucho,

de la otra parte del mar.

GENOVEVA. ¿En Filipinas?...

TARAMBANA. Más lejos.

GENOVEVA. ¿Acaso en Nueva Orleans?

TARAMBANA. Eso es. Yo soy quien lleva las cartas...

GENOVEVA. (Admirada.)

¡Cómo!, ¿hasta allá?

TARAMBANA. Hasta el correo. Y me gusta los sobres deletrear.

GENOVEVA. ¿Y es rico?

TARAMBANA. Como las almas que en el purgatorio están.

(Aparte, yéndose.)

Caramba con esta bruja, y qué amiga es de oliscar; pero yo que no soy rana he entendido dónde va.

(Vase.)

ESCENA XVII

DOÑA GENOVEVA, sola

GENOVEVA. (Muy contenta.)

Ni de encargo se encontrara una proporción igual: sin suegros y sin cuñados, y pobre, que es ítem más. Pobre, pobre, que lo deba todo a su esposa, y será más humilde y más asiduo en la vida conyugal.

(Repara en Don Fernando, que se asoma por la puerta de su cuarto.)

Allí viene... ¡Ay qué buen mozo!...

Yo no sé lo que me da: una cosa así, así...; vamos, que no se puede explicar.

(Se queda contemplándolo.)

ESCENA XVIII

DOÑA GENOVEVA y DON FERNANDO.

FERNANDO. (En la puerta de su cuarto con un papel en la mano; aparte.)

¡Malo! Que esta vieja verde allí de plantón está,

¡Y qué cucamonas hace!

¡Y qué melindres!... Me dan ganas de darle un cachete.

¿Puede verse cosa tal?

Y esta maldita, dispuesta
a hacer mi conquista, va
a ser nuevo inconveniente y nueva
dificultad para poder a Clarita este
papelito dar. Como que estará hecha
un Argos la vieja de Satanás. ¡Voto a
bríos!, que si estuviera con más
humor y no tan apurado, lindamente
de ella me había de burlar.

GENOVEVA. (Aparte.)

¡Qué tímido!... Así me gusta
un millón de veces más.

¡Y qué miradas tan tiernas
dándome al través está!

Pero llega ya al exceso,
la modesta cortedad
que al cabo sin explicarse
y sin acercarse más,
es imposible...

(Advirtiendo en el papel que tiene Don Fernando en la mano.)

¿Qué veo?

¿Me ha escrito un papel quizás?

Para mí es...

(Viendo que Don Fernando guarda el papel en el bolsillo.)

¡Ah cobarde!

que lo guarda; adivinar no
sabe que estoy rendida en
todo a su voluntad.

¡Ay! Animarle es forzoso.

(Alto.)

Llegue, señor capitán.

(Se acerca a ella haciéndole una graciosa reverencia.)

¡Hola, señor don Fernando!

FERNANDO. (Muy atento.)

¿Quién mi nombre os dijo ya?

GENOVEVA. (Con gachonería.)

Cuando una cosa interesa...

FERNANDO. (Aparte.)

Voy de risa a reventar.

(Alto)

¿Tanto honor...?

GENOVEVA. (Remilgándose.)

Usted merece

todo esto y mucho más.

FERNANDO Mil gracias.

GENOVEVA. ¿Y un caballero
tan gallardo y tan galán

piensa pasar sus verdoros
en la vida militar,
por trochas y alojamientos,
siempre andando de aquí allá?

FERNANDO. ¿Qué quiere usted?... Mi carrera...

GENOVEVA. Pero es carrera infernal,
muy honrosa, ciertamente;
muy lucida; mas que va,
por lo común, derechita
camino del hospital.

FERNANDO. El que no tiene otro medio...

GENOVEVA. Lo pudiera usted hallar...,
y con provecho y con gusto...

FERNANDO. No acierto, señora, cuál.

GENOVEVA. Un enlace ventajoso
no fuera una cosa tan
difícil de...

FERNANDO. Es necesario
más mérito personal
que el que tengo, más fortuna...

GENOVEVA. No tenga tanta humildad,
que usted se merece mucho,
mucho, señor capitán.

(Aparte.)

Si de ésta no se declara,
andaré un pasito más.

FERNANDO. (Aparte, viendo venir a Doña Clara.)

¡Oh Cielos! ¡Clara! ¡Qué linda!

(Sigue hablando con Doña Genoveva.)

ESCENA XIX

Los mismos y DOÑA CLARA, sin sombrero.

CLARA. (Aparte, al salir.)

¡Válgame Dios! Allí está
con aquella fastidiosa.

No podremos encontrar
un momento para hablarnos
antes que salga papá.

GENOVEVA. (Aparte, mirando con rabia a Doña Clara.)

Ya sale esa lagartija
tan tonta y sentimental.

FERNANDO. (Aparte.)

Esta vieja del demonio...,

ESCENA XX

Los mismos y DON LUIS

LUIS. (Saliendo de su cuarto.)

¿Conque vamos a cenar?

GENOVEVA. (Aparte.)

Ya me atajó ese Holofernes;
maldígale Barrabás.

(Acercándose al oído de Don Fernando.)

Tengo mucho que decirle,
mucho, señor capitán;
yo procuraré un momento
para volvernos a hablar.

LUIS. (A Doña Genoveva.)

No dirá usted que he tardado.

GENOVEVA. Pues no es muy temprano ya.

(Siguen hablando.)

FERNANDO. (Enseña el papel a hurtadillas a Doña Clara. Aparte.)

Si yo pudiera a Clarita
el papelito entregar...

(Doña Clara va hacia la mesa y deja caer el ridículo y el pañuelo.)

¡Qué discreta! Me ha entendido.

(Recoge el ridículo y el pañuelo, y al tiempo de dárselo le entrega el papel.)

CLARA. Mil gracias.

FERNANDO. (Con rapidez y en secreto.)

Clarita, ahí va

todo explicado. Juliana
le procurará el disfraz,
y, así que esté del cuarto
fuera, tres palmadas dad
para avisarme.

CLARA. Ya entiendo.

LUIS. ¿Conque vamos a cenar?

Patrona, pronto la cena,
que todos listos están.

ESCENA XXI

Los mismos, y salen los VIAJEROS de sus cuartos y MARTA con una sopera, que pone en la mesa, y con ella vienen JULIANA, BERRIO y TARAMBANA, que colocan otros platos y sillas, y sirven, entrando y saliendo continuamente. DON LUIS toma el sitio principal; a su lado se sienta DOÑA CLARA; junto a ella, DON FERNANDO, y DOÑA GENOVEVA cambia dos o tres veces de sitio, hasta que logra sentarse al lado de DON FERNANDO; se sientan también los cuatro VIAJEROS. Si para que no se pierda el diálogo acomoda acercar la mesa al proscenio, pueden hacerlo los criados antes de arrimar las sillas.

LUIS. (Después de servir la sopa y empezando a comer.)

Nada se iguala a la sopa
cuando se va de camino.

(A Juliana.)

Muchacha, dame agua y vino.

JULIANA. (Tomando las botellas de una y otro.)

Alce su merced la copa.

(Lo hace así Don Luis, y Juliana le sirve.)

FERNANDO. (Que aún no ha empezado a comer.)

Yo sopa nunca la quiero,
y ni el cocido me agrada.

GENOVEVA. (Comiendo.)

¡Jesús, Jesús, pues no hay nada
mejor en el mundo entero!

(Don Luis se pone a repartir el cocido.)

Nada que el hambre mitigue
como el cocido; no sé
que se halle otro plato que
más el estómago abrigue.
Y el arreglo de una casa
es el puchero.

LUIS. (Repartiendo.)

Sin duda.

Esta gallina está cruda;
ni un estoque la traspasa.

CLARA. Cuando se va de viaje,
todo sabe siempre bien.

GENOVEVA. Porque con tanto vaivén...

FERNANDO. (A Don Luis.)

No es justo que usted trabaje
solo, señor don Luís.

(A Marta.)

Vengan, vengan las perdices.

(Alcanza Marta una fuente, y al pasar por detrás de Doña Genoveva, tropieza y está a pique de volcarse.)

GENOVEVA. (Registrándose a ver si ha caído algo.)

Hemos sido muy felices;
ha estado sólo en un tris.

FERNANDO. ¿El qué?

CLARA. ¿El qué?

GENOVEVA. Que a poco más

nos bautiza con el caldo,
pues tropezó en mi respaldo.

MARTA. (Con mal modo.)

¿Se le antoja a usted, quizá
que no sé servir o que
tanta gente me ataruga?

FERNANDO. (A Doña Clara.)

¿Quiere usted pierna o pechuga?

CLARA. Lo que más cocido esté.

(Le sirve a Don Fernando.)

FERNANDO. (A Doña Genoveva.)

¿Y usted?

GENOVEVA. Pierna.

FERNANDO. (Aparte.)

Esta mujer
me está rompiendo las mías
a encontrones.

(Sirve a Doña Genoveva.)

GENOVEVA. Están frías,
y no se pueden comer.

BERRIO. Pues volverlas a la fragua.

LUIS. (Poniéndose a servir otro plato.)

No están malos los riñones.

FERNANDO. (Aparte.)

Esta vieja a pisotones
me está haciendo los pies agua.

LUIS. Tú nada comes, Clarita.

CLARA. Estoy comiendo, papá.

GENOVEVA. (Tomando una presa con mucho melindre con el tenedor, mordiéndola y ofreciéndosela a Don Fernando.)

Usted me permitirá
que le haga una finecita.

FERNANDO. (Volado y excusando tomarla.)

Gracias...

(Aparte.)

¡Oh qué estrafalaria!

Me estoy muriendo de asco.

GENOVEVA. (Insistiendo.)

No es de pega, no es de chasco.

(Don Fernando la toma.)

CLARA. ¡Qué mujer tan ordinaria!

(Marta coloca en la mesa un pollo asado y una ensaladera.)

GENOVEVA. ¡Hola!... Asado.

MARTA. Y ensalada.

GENOVEVA. (Mete el tenedor en la ensaladera y toma una hoja.)

Con su puntita de ajo.

LUIS. (Mirando el asado.)

¡Eso no es pollo, es un grajo.

MARTA (Aparte y enfadada.)

¡Qué gente tan delicada!

En viniendo en diligencia,
todos se juzgan marqueses.

LUIS. (A Don Fernando, que se pone a trinchar el pollo.)

Por más tajos y reveses,
y por más inteligencia
que usted tenga en repartir,
no le hallará coyuntura.

FERNANDO. Cierto; con una ave dura

vano es pretender lucir.

Y, pues imposible es,

lo destrozaré, inclemente.

GENOVEVA. (A Juliana, que pasa por detrás de ella.)

Chica, dame a mí aguardiente.

JULIANA. Lo hay a los postres, después.

GENOVEVA. Yo lo bebo en vez de vino,
y tras de todos los platos,
para corregir los flatos
que me acosan de continuo.

LUIS. Pues no lo hemos hecho mal.

CLARA. A buen hambre no hay pan duro.

LUIS. Sí, Clarita; te aseguro
que ha sido todo infernal.

JULIANA. (Con un frasco de aguardiente,
Aguardiente.

GENOVEVA. (Presentándole el vaso.)

Venga ahora.

(Juliana le sirve aguardiente, y ella lo bebe.)

FERNANDO. (Aparte.)

¡Qué latigazos se tira
esta bruja!

MARTA. (Poniendo los postres en la mesa; aparte, a Tarambana.)

Mira, mira

cómo empina la señora.

(Se sirven los postres.)

LUIS. ¡Queso infame!

MARTA. Del mejor
que en esta tierra se come.

LUIS. Pues el diablo que lo torne.

MARTA. Melindroso es el señor.

LUIS. (Acabando de comer.)

Conque vamos, Clara, vamos
a que todo el equipaje
de la góndola se baje,
puesto que aquí nos quedamos.

(Se levanta.)

Anda, ve por mi sombrero.

(Se levanta Doña Clara y se va.)

ESCENA XXII

Los mismos, menos DOÑA CLARA

Se levantan todos, y aprovecha DOÑA GENOVEVA la confusión para hablar al oído con
DON FERNANDO.

GENOVEVA. Antes de que parta el coche,
después de la medianoche
saldré aquí, que hablarle quiero.

FERNANDO. (Aparte.)

Esto sólo me faltaba;

todo se me echa a perder
si esta maldita mujer
se empeña en pelar la pava.

(Don Luis vuelve a acercarse a la mesa como para enjuagarse y tomar un palillo.)

ESCENA XXIII

Los mismos y DOÑA CLARA, que trae puesto su sombrero, y en la mano, el de DON LUIS.

CLARA. Papá, el sombrero está aquí.

También he tomado el mío.

LUIS. Pues, en verdad, no hace frío.

GENOVEVA. (Aparte.)

Se creerá más linda así.

(Se oyen a lo lejos golpes en una puerta y voces.)

LUIS. (Junto a la mesa.)

¿Qué es eso?

GENOVEVA. (Corriendo asustada a agarrar se del brazo de Don Fernando.)

¡Jesús!

CLARA. (Asiéndose del brazo de Don Fernando.)

¿Qué es?

FERNANDO. (Turbado.)

Nada, nada.

(Siguen los golpes.)

LUIS. (A Marta.)

¿Qué es, patrona?

MARTA. (Turbada, y recibiendo miradas de inteligencia de Don Fernando.)

No es nada... Es una persona

que está allá en un cuarto, pues...

TARAMBANA. (Con desenfado.)

Es un infeliz demente

que hay aquí en esta posada,

y que grita.

FERNANDO. Si no es nada.

GENOVEVA. (Aterrada.)

¿Furioso...? Seguramente.

TARAMBANA. Sí, señora; lo está un poco.

(Suenan grandes golpes en el arcón de la cebada. Todos se sorprenden; Don Fernando se desespera, Doña Clara se ase al brazo de Don Luis y Doña Genoveva se retira al otro lado, haciendo visajes de terror.)

GENOVEVA. ¡Ay Jesús! ¿Y en ese arcón?

FERNANDO. Nada; será algún ratón.

GENOVEVA. ¿Qué ratón?

BERRIO. Es otro loco.

GENOVEVA. (Buscando refugio, detrás de Don Fernando, ya de Tarambana.)

¿Otro...? ¡Ay de mí!

LUIS. (Con desprecio.)

¡Disparates!

Alguna burla pesada.

GENOVEVA. ¡Vaya, que esto no es posada,
sino una casa de orates!

CLARA. (Cuidadosa.)

¿No vamos a eso, papá?

(Aparte.)

Como una azogada estoy.

FERNANDO. (Aparte.)

A perderlo todo voy;
malo poniéndose va;
fuerza es meterlo a barato,
y a todos llevar de aquí.

(Alto, a Don Luis.)

¿Conque vamos?

LUIS. Vamos, sí;
que hay tarea para un rato.

(Va a marchar Don Luis con Doña Clara; Doña Genoveva los sigue, y Don Fernando también, hablando antes al oído con Tarambana; pero de repente suenan otra vez los golpes en el arcón, y todos se detienen y vuelven atrás.)

ESCENA XXIV

Los mismos y DON LESMES

LESMES. (Dentro del arcón.)

¡Hola!... Abre aquí, primo amado,
que el aposento es estrecho
y estoy de sudor deshecho;
ábreme, que estoy ahogado,

(Don Luis y todos los viajeros se acercan de nuevo al arcón: Marta, Tarambana, Don Fernando y Juliana están en la mayor ansiedad; Berrio se ríe a carcajadas.)

FERNANDO. (Aparte, a Tarambana.)

Hombre, di: en angustia tanta,
¿qué hacemos...?

TARAMBANA. (Aparte, a Don Fernando.)

Mi capitán,
si estas gentes no se van,
tiró el diablo de la manta.

(Suenan de nuevo los golpes.)

LUIS. (Con desprecio y fastidio.)

Se habrá escondido algún chico.

BERRIO. (Aparte.)

¡Qué buen lance! Sí, la saco.

(Saca la llave, va al arcón, lo abre rápidamente y alza la tapa.)

Siga la broma..., berraco;
saca a la luz el jocico.

(Todos retroceden con susto, y él da grandes carcajadas.)

FERNANDO. (Yendo con el puño cerrado hacia Berrio.)

¿Qué has hecho, animal?

BERRIO. (Dando carcajadas)

La tapa

alzar de repente. ¡Toma,
si para un rato de broma
soy yo el síndico y la mapa!

LESMES. (Saca primero una pierna, luego una mano y en seguida la cabeza. Mira a todos y bosteza.)

Tengan muy felices días,
Si ya amaneció.

GENOVEVA. ¡Ay, qué miedo!

LUIS. (Indignado.)

Con estas chanzas no puedo.

FERNANDO. (Confuso, aparte.)

¡Adiós esperanzas mías!

LUIS. Me fastidian... Clara, vamos.

LESMES. (Saltando fuera del arcón, pero tambaleándose de borracho.)

¡Ay qué niñas!...

(Corriendo hacia Doña Clara y hacia Marta.)

A abrazarlas,

a quererlas y obsequiarlas
todos dispuestos estamos.

(Encuentra a Doña Genoveva y la abraza.)

GENOVEVA. ¡Jesús, Jesús!... ¡Ay qué horror!

¡Que me abraza, Cielo santo!

¡Ay que me muero de espanto!...

¿No hay quien defienda mi honor?

(Don Fernando le da un encontrón a Don Lesmes que le hace titubear; Doña Genoveva cae desmayada en los brazos de Juliana.)

LUIS., Paréceme este cuitado

más borracho que demente,
y es raro que tanta gente
aún no lo haya sujetado.

LESMES. (Con los brazos abiertos, acercándose a Don Fernando.)

Primo, primo, ven acá.

FERNANDO. (Resuelto.)

Allá voy.

(Le abraza, luchan un momento y lo sujeta.)

Marta, al momento

llevémosle a un aposento.

MARTA. (Señalando uno.)

A aquél, que sin gente está.

LUIS. (Con severidad.)

Bueno es que la broma acabe.

LESMES. (En tierra.)

¡Ay, qué modo de abrazar!

(Tarambana ayuda a Don Fernando, y los dos meten a Don Lesmes en el cuarto indicado.)

FERNANDO. (Cerrando la puerta.)

Encerrado ha de quedar,
y en mi bolsillo la llave.
(Cae el telón.)

Acto tercero

Es de noche, y la escena estará alumbrada por un farol en el fondo; la mesa estará a medio quitar, y el arcón de la cebada, abierto.

ESCENA PRIMERA

MARTA, DON FERNANDO y TARAMBANA

FERNANDO. Conque, Tarambana, dime:

¿aún podemos esta noche
llevar a cabo el intento
que mis afanes corone?
¿Lograremos, di...?

TARAMBANA. Sin duda,
pues no hay nada que lo estorbe.

FERNANDO. ¿Y el mayoral o cochero
de ese maldito alcornoque?

TARAMBANA. Mi capitán, es más bruto
que su amo mismo.

MARTA. Lo es doble.

Cuando ya la cuadra hundía
a puñetazos y a coces,
le he sacado del encierro,
y ha quedado muy conforme
creyendo haber sido todo
que el viento cerró de golpe
la puerta con tal porrazo
que descompuso los goznes,
y que se tardó en abrirle
porque nadie oyó sus voces
con el ruido y batahola
de la llegada del coche.

FERNANDO. ¿Y preguntó por su amo?

TARAMBANA. Sí, señor, sí; preguntóme
por él; pero yo le dije
que aquí con unos señores
había cenado y que estaba
ya recogido. Y callóse.

FERNANDO. Pero si habla ese maldito
con alguien...

TARAMBANA. Es muy bodoque;
ni echar el habla del cuerpo
sabe. ¡Si patán más torpe
no he visto nunca! Yo alerta
he estado a parar el golpe
en caso que con alguno...
Mas no habla con nadie el hombre.

MARTA. Después que cuidó sus mulas,
que eso lo hace bien, entróse
a comer en la cocina,
y se atestó hasta el gañote,
guardándolo Juliana,
que estuvo allí como un poste.

TARAMBANA. A la cuadra volvió luego
y amontonó unos granzones,
blando colchón en que es fuerza
que ya a pierna suelta ronque.

MARTA. Si yo, para acobardarlo
y quitar las ocasiones
de que fuera de la cuadra
con algún hablador tope,
le dije estuviese alerta,
porque suelen tales noche,
de tráfago y batahola
introducirse ladrones
que roban de los pesebres
las bestias. Y un susto diole,
que no abandona sus mulas
aunque el mundo se desplome.

FERNANDO. Patroncita, ¡cuánto os debo!...
Serán como corresponde
de mi gratitud las muestras.

TARAMBANA. Marta, el capitán es hombre
a quien servir de rodillas
debemos. Su alma es muy noble.

FERNANDO. (Riendo.)
¿En siendo tú posadero,
maestro de postas...?

MARTA. Entonces...,
cuando por Bailén se venga
su merced verá primores

FERNANDO. Conque, Marta, Tarambana,
¿no hay miedo que nos estorbe
ese patán?...

TARAMBANA. No hay ninguno.

FERNANDO. Pero ese rinoceronte,
cuando vuelva de su chispa,

si es que el Cielo no dispone
que le dure hasta mañana,
nos va a hacer un daño enorme.

TARAMBANA. ¡Qué, señor! Tiene un sudeste
de aquellos que no se corren
ni en tres días. ¿No le vimos
cuando de ese arcón el pobre
salió sin conocimiento
apenas tenerse sobre
las piernas?

FERNANDO. ¡Buena fortuna,
que al fin paramos el golpe!

TARAMBANA. ¿No vio usted cuán fácilmente
cayó al primer papirote?

Ya ha de estar el sol bien alto
mañana cuando en sí torne.

MARTA. Y si por mala ventura,
señor, al fin y a la postre
la chispa se le pasare
antes que su merced logre
tomar las de Villadiego,
no hay miedo que el plan trastorne.
Su merced tiene la llave
del cuarto en que está; es de roble
la puerta y muy reforzada;
no la abrirá a tres tirones.

FERNANDO. Pero una de mil demonios
armará. Y al fin sus voces...

MARTA. Como ya los pasajeros
que hay en la casa suponen
un loco, se le repite
que es el loco, y buenas noches.

FERNANDO. Pues no perdamos momento;
vamos, pues, que el tiempo corre,

MARTA. Que vuela.

FERNANDO. Ya será tarde.

TARAMBANA. Están al caer las doce.

FERNANDO. Tarambana, la zamarra
y el calañés.

MARTA. Ya del cofre
ambas prendas he sacado;
y su merced se las pone
sin repugnancia ninguna,
ninguna, que eran del pobre
de mi difunto, y estaba,
aunque viejo, muy sanote;
ni murió de calentura,

que murió de un par de coces
que le dio un mulo mohíno.
¡Dios de gloria le corone!
Y era más limpio que el oro.

FERNANDO. Y Juliana, ¿está ya acorde
en trocar con doña Clara?...

MARTA. A todito está conforme,
y es una chica muy lista;
no haya miedo de que afloje;
en tomando ella un empeño,
sale de él a todo coste.

FERNANDO. (Restregándose las manos.)

Pues, señor, estamos listos.

MARTA. No habrá falta.

(Suena dentro una guitarra.)

FERNANDO. ¿Qué se oye?

(Toca la guitarra y canta Berrio dentro con la música de rondeña.)

BERRIO. «Cuando me mira mi zaina
con aquellos ojos turbios,
se me taramban las piernas
y jipo me da de gusto.»

(Sigue la guitarra.)

MARTA. (Desesperada.)

¿Qué ha de ser...? Berrio, el maldito,
que ha armado ya jaleo probe
allí dentro, en la cocina.

(Vuelve a cantar Berrio dentro.)

«¡Ay reina, que se me jinchan
los tindones del piscuezo
cuando te miro en la calle
como una zaranda el cuerpo!»

(Sigue la guitarra.)

FERNANDO. (Desesperado.)

Pues, señor, tal algazara
es preciso que alborote
el parador, y mis planes
todos se me descomponen.

(Sigue la guitarra.)

ESCENA II

Los mismos y JULIANA

JULIANA. (A Marta.)

Señora, Berrio maldito,
allá con los postillones,
conductor y escopeteros,
ha armado una del demonche,
y se van con el ruido

a despertar los señores.
No ha querido hacerme caso,
y si usted no lo compone,
habrá fandango y jaleo
para todita la noche.
(Sigue la guitarra.)
MARTA. Verá qué pronto el guitarro
en sus cabezas se rompe.
(Vase.)

ESCENA III

Los mismos, menos MARTA.
FERNANDO. El mismísimo demonio
parece que lo dispone.
JULIANA. Calle, señor; que muy pronto
sin gritos ni mojicones
los pondrá en silencio el ama,
que con ella no hay emboque.
FERNANDO. Ve tú también, Tarambana;
no sea que se alborote
el gañán maldito, y deje
sus mulas y sus granzones
para asistir a esa zambra
que la cabeza me rompe.
TARAMBANA. No tema usted nada; pronto
quedará la casa en orden.
(Vase; cesa la guitarra.)

ESCENA IV

DON FERNANDO y JULIANA
FERNANDO. Conque, Juliána, dime:
¿sabes tú ya cómo y dónde?
JULIANA. Todo está corriente. El ama
me dio ya sus instrucciones;
he hablado a la señorita,
y estamos ambas acordes.
Por mí no habrá falta alguna,
y no hay miedo que me embrolle.
FERNANDO. Muchacha, tengo dos onzas
más relucientes que soles
para ti.
JULIANA. No necesito,
señor, de esos agujones,
pues tengo empeño en servirle,
como lo verá esta noche.
Mi afán es tan solamente
el que Berrio nada note,

ni entre en malicia. Y espero
a que a pierna suelta ronque
como acostumbra...

FERNANDO. Juliana,
que los cuartos no equivoques.

JULIANA. ¿Qué he de equivocar...? No tengo,
señor, ni un pelo de torpe.
Y me voy volando ahora,
porque si Berrio nos coge
solos y a oscuras hablando,
se enfurece, y acabóse.
(Vase.)

ESCENA V

DON FERNANDO, solo
FERNANDO. El golpe seguro está;
no hay dificultad ninguna,
y cuento con mi fortuna,
que también me ayudará.
Y si en el crítico instante
algún obstáculo hubiese,
no queda más, sea el que fuese,
que trancazo, y adelante.
Ni más recursos tenemos
que salir de Bailén. Sí,
y, una vez fuera de aquí,
lo que es mañana hablaremos.
Pues vámonos a esperar
la hora. Para estar alerta,
de mi aposento la puerta
dejaré de par en par.
(Dirígese a su cuarto.)

ESCENA VI

DON FERNANDO y TARAMBANA, que saca en la mano un calañés y una zamarra.

TARAMBANA. Ya se acabó la guitarra
y el desorden. Éste es
el sombrero calañés
y ésta la vieja zamarra.

FERNANDO. Vamos al cuarto.

TARAMBANA. Conviene
que nos retiremos, sí,
porque Berrio duerme allí,
(Señala el arcón.)

y presumo que ya viene.

FERNANDO. (Desconcertado.)
¿Aquí duerme ese animal?...

Entonces...

TARAMBANA. ¿Qué...? Si es un leño
cuando lo domina el sueño
es poner ahí un costal.
Nada, nada; pero entremos,
porque ya le oigo venir,
y aún tengo yo que salir,
que estar juntos no debemos.
(Vanse y entran en el cuarto, dejando abierta la puerta.)

ESCENA VII

BERRIO, solo, que sale con un farolillo.

BERRIO. ¡Vaya un buen genio el del ama,
que no deja resollar
a un cristiano! ¡Vaya un genio.
No hay un minuto de paz
en esta maldita casa.

(Pone el farolillo sobre la mesa y escurre una botella que se halla a la mano.)

Cuando me estaba yo ya
embebecido en mi canto,
que, a la postre, lo hago... mal,
pero con gracia, atajarme
y decirme: «¡Voto a San...!
Calla, berraco maldito,
que eso que haces es rabiar.»
¡Cuidado que decir esto,
y a mí, que cuando me da
por la rondeña, de estarme
gorjeando soy capaz
una semana..., fue mucho!
Estoy hecho un Satanás.

(Se pone a hacer un cigarrillo.)

Pero callemos, que, al cabo,
es lo mejor el callar,
y no me voy de la casa
ahora mismo a ser gañán,
que es mi verdadero oficio,
porque Julianilla está
de por medio y es mi novia
y la quiero a reventar.

(Toma el farolillo y enciende el cigarro.)

No hay nada como la hembra,
(Vuelve a encender.)
nada que sujete más.

(Viene al proscenio.)

Miren ahora qué melindre,
de si...(Fuma.) durmiendo o no están

los señores pasajeros.

(Fuma.)

¿Y por qué no han de aguantar?

Que en casa ajena se duerme,

o no se duerme; no hay más.

(Se acerca al arcón.)

Vamos, pues, a hacer la rosca

para, al menos, descansar

dos horas...

(Advierte a Tarambana, que sale a la puerta del cuarto de Don Fernando.)

¡Hola! ¿Fantasmas?

Si tendremos novedad.

ESCENA VIII

BERRIO y TARAMBANA

TARAMBANA. (Aparte.)

¿Aún en pie está ese maldito?

(Alto y acercándose.)

¡Hola, Berrio!...

BERRIO. (Retrocediendo y alzando el farol.)

¡Hola! ¿Quién va?

TARAMBANA. (Acercándose más.)

¿No me conoces?

BERRIO. Sí. ¡Toma!

¿Cómo aún levantado estás?...

¿De dónde vienes?

TARAMBANA. De darle

friegas a mi capitán,

que está el pobre muy malito,

con una tos infernal,

y si no suda esta noche

puede tener que rascar.

¿Y tú no te acuestas, Berrio?

BERRIO. Ahora me voy a acostar.

(Vase Tarambana.)

ESCENA IX

BERRIO, solo.

BERRIO. (Receloso.)

¡Caramba!..., que Juliána

aun en la cocina está...,

y este demonio... No hay miedo,

que es el ama muy sagaz,

y si es que ella le vigila,

puedo yo muy bien roncar.

(Sorprendido, mirando afuera.)

Pero Julianilla viene,

gracias a Dios, hacia acá.
Esto es mejor, que entre santa
y santo dice el refrán
que debe haber siempre puesto
muro de canto y de cal.

ESCENA X

BERRIO y JULIANA.

JULIANA. ¿Aún no duermes?...

BERRIO. No, hermosota.

¿Cómo me había de acostar
sin verte otra vez la cara?

(Le arrima el farolillo.)

JULIANA. Puesto que me has visto ya,
duérmete pronto.

BERRIO. ¡Ay monona!

En ti pensando será,
y en que dentro de ocho días...,
¡qué gustito..., ¿no es verdad?

JULIANA. A dormir, a dormir pronto,
que me voy a mi desván.

(Vase por la escalera.)

ESCENA XI

BERRIO, solo.

BERRIO. ¡Qué borrega!... Si al mirarla
siento, y lo digo formal,
hacia arriba y hacia abajo,
unas cosquillas... que ya.

Pero a dormir, que es muy tarde;
el arcón abierto está,
sí, para que se ventile
de tanta bascosidad.

(Mete el farol y examina el arcón.)

Pues que apenas hay cebada,
abierto se quedará;

(Saca el farol y lo retira con asco.)

aquí juntito en el suelo
voy mi manta a colocar.

(Pone el farol en el suelo, saca de detrás del arcón una manta, la echa por tierra, se sienta,
se quita la faja y las polainas, se santigua, apaga el farol y se acurruca.)

ESCENA XII

BERRIO, acostado; DON LESMES, dentro del cuarto en donde quedó encerrado al fin del
acto anterior

LESMES. (Dentro, empujando la puerta.)

¡Caramba, encerrado estoy!...

Pues celebro la eficacia.
Sí, encerrado. ¡Es linda gracia!
A romper la puerta voy.
BERRIO. (Siempre acostado y hablando consigo mismo.)
¡Hola, que siento ruido!
No, pues alerta he de estar,
y todo lo he de guipar,
fingiéndome que estoy dormido.
(Alza la cabeza y mira en derredor.)
En mesón con tanta gente
siempre hay algún entripado,
y desde aquí agazapado
lo he de oler perfectamente.
LESMES. (Dentro del cuarto.)
¿Es esta maldita puerta
de bronce?... Y estando a oscuras,
ni aldabas ni cerraduras
a encontrar mi mano acierta.
(Pausa.)
¡Voto a San...! ¡Tengo una sed!
BERRIO. Sin duda es el del arcón.
LESMES. (Dentro.)
Por si hay ventana o balcón.
tentaremos la pared.

ESCENA XIII

Los mismos y del mismo modo y DON FERNANDO, asomándose con recato a la puerta de su cuarto
FERNANDO. ¿Me engaña mi fantasía?...
Oigo a don Lesmes hablar.
LESMES. (Dentro.)
¡Hola!... Ya logré encontrar
lo mismo que presumía.
Sí, era encontrarlo preciso.
(Se oye descorrer una falleba y un cerrojo, y abre Don Lesmes la ventana inmediata a la puerta de su cuarto y se asoma.)
¡Bueno..., que es una ventana,
y del patio tan cercana,
como que está al mismo piso!
FERNANDO. (Aparte.)
¡Qué descuido..., pese a mí!...
¡Dejar yo esa escapatoria...!
LESMES. En verdad que es una gloria
el fresco que corre aquí.
(Sale por la ventana.)
Que he salido me parece
de una mazmorra infernal...

¡Qué sed tengo!... Aun estoy tal
que todo en redor se mece.

(Avanza.)

Lo mismito que una fragua
el estómago me arde.

(Bosteza)

Debe ya de ser muy tarde;
voy a ver si encuentro agua.

(Va a la mesa, donde habrá platos, botellas, vasos y jarras, todo en desorden; toma una
alcarraza y bebe un buen trago de agua.)

FERNANDO. (Aparte, desde su puerta.)

Ya está fuera..., ¡vive Dios!

A tierra vino mi plan.

BERRIO. (Reparando en Don Fernando.)

¡Hola!... El señor capitán
sale aquí a sudar la tos,

LESMES. (Desperezándose y sentándose junto a la mesa.)

¡Qué buena broma he corrido!

(Bosteza.)

¡Qué bromazo!... ¡Chispa brava!

¡Cáspita, el vinillo estaba
como del Cielo venido!

(Pausa.)

Exquisito es el jerez.

Pues no es rana el anisete...

FERNANDO. (Desde su puerta, aparte.)

¿Qué irá hacer este zoquete...?

¿Si se dormirá otra vez?

LESMES. (Se levanta, vuelve a beber agua y mira a un lado y a otro.)

¿Mi primo dónde estará...?

A pierna suelta roncando
y su zorrilla arrullando...

Si supiera, ¡voto va!,
cuál es su cuarto, entraría,
pasito, en un santiamén,
y con tizne de sartén
bigotes le pintaría.

Fuera cosa de reír...

Mas ¡si no sé dónde duerme!

Pero ¿despierto he de verme
y así he de estar, sin urdir
alguna diablura?... Acaso
la moza de la posada...

(Avanza y se para.)

No sé de la casa nada,
y no acierto a dar un paso.

(Vuelve a beber.)

BERRIO. (Aparte.)

La turca se le pasó.

FERNANDO. (Desde su puerta, observando con inquietud a Don Lesmes.)

Hay tal cosa, ¡voto a Cristo!

Ya está despejado y listo;

qué hacer con él no sé yo.

Estando ahí de centinela,

¿cómo sale doña Clara?...

Si el suelo se lo tragara...

¿Qué hago yo?... Y el tiempo vuela.

Si empieza a meter ruido

y alborota el parador,

todo se pone peor

y me quedo yo perdido.

(Resuelto.)

Voy a salirle al encuentro,

y a lapos y a puntillones,

si no puedo con razones,

lo confundiré aquí dentro.

(Sale y va hacia Don Lesmes.)

BERRIO. (Aparte, observando a Don Fernando.)

Bueno, se buscan los dos;

lobos son de una camada...

Aquí va a haber entruchada.

FERNANDO. (A Don Lesmes.)

Querido Lesmes, adiós.

LESMES. (Se asusta, pero se pone muy contento después de conocerle.)

Primo, ¿ya se te ha pasado

la chispa...? Y a mí también.

FERNANDO. Lesmes, habla bajo, y ten

que no nos oigan cuidado,

que ya todo el mundo duerme,

y no es cosa regular

a la gente despertar.

LESMES. Lo que quieras, sí; ¡que al verme

contigo estoy tan contento...

Dame un cigarro.

FERNANDO.

Sí, sí;

pero vámonos de aquí

a fumar a mi aposento.

(Va Don Fernando a llevarse a Don Lesmes a su cuarto, pero él vuelve a la mesa a beber agua, y se oye toser en el corredor alto.)

ESCENA XIV

Los mismos y DOÑA GENOVEVA, en el corredor alto

BERRIO. (Acostado y aparte.)

No va malo... ¿Tosecita?

Pues no es la del capitán.

FERNANDO. (Aparte y sobresaltado.)

¿Qué he escuchado...? ¡Voto a San...!

(Mira arriba y reconoce a Doña Genoveva.)

¡Ay, que es la vieja maldita!

GENOVEVA. (Arriba, aparte.)

Al moribundo farol
dos bultos estoy mirando,
y es el uno don Fernando,
mi vida, mi alma, mi sol.

FERNANDO. (Aparte.)

¿Habrá apuro semejante?

Ella es; perdido estoy;
por todo a atropellar voy,
nuevo embrollo, y adelante.

(Alto, a Don Lesmes, que vuelve de beber.)

Lesmes, Lesmes, vente pronto;
vente sin hacer ruido,
que hay gran lance prevenido.

(Aparte.)

Sírvame de algo este tonto.

LESMES. ¿Qué hay, primito...? Di.

FERNANDO. (Yéndose con él lentamente a la puerta de su cuarto.)

Gran rato,

si me quieres ayudar.

LESMES. Broma salí yo a buscar:

(Vuelve a toser Doña Genoveva.)

Pero ¿quién tose?

FERNANDO. (Con viveza.)

Es el gato.

LESMES. Di, primo: vamos a ver...

FERNANDO. (Hablando con sigilo con Don Lesmes en la puerta del cuarto.)

En la diligencia vino
una moza como un pino,
hermosísima mujer,
que conocí allá... en... Zamora,
donde fue mi enamorada,
y al hallarme en la posada
se ha reverdecido ahora.
Es como un cielo bonita;
me tiene citado aquí
y quiero que tú por mí
te aproveches de la cita.

LESMES. (Restregándose las manos de contento.)

Corriente... ¡Pues si estos chascos
son para mí pan y miel,
porque tengo mucho aquel,

y a la jineta los cascos.
(Haciéndose el hombre corrido.)
Y si la moza me peta,
salga pez o salga rana...,
tiempo hay desde aquí a mañana...
(Riéndose.)
Di: ¿lo tengo a la piñeta?
FERNANDO. Eres el pintiparado.
Y para obrar más conforme,
ven a tomar mi uniforme.
LESMES. (Muy contento.)
¡A vestirme de soldado!
(Entran ambos en el cuarto.)

ESCENA XV

BERRIO, solo.
BERRIO. (Levantando la cabeza.)
¡Por vida...! Saber quisiera
lo que allí van a guisar.
Pero, chitón, que bajar
oigo a alguien por la escalera.
(Observando atentamente.)
Es la vieja..., ¡voto va!,
de la diligencia. Mucho
madruga el tal avechucho.
¿Si a embrujarme a mí vendrá?
Pues si conmigo se mete,
no tendrá más mal de madre,
que por más que gruña y ladre,
la confundo de un cachete.
(Se santigua y se acurruca, cubriéndose la cabeza.)

ESCENA XVI

BERRIO y DOÑA GENOVEVA, que sale por la escalera y avanza lentamente y con timidez.

GENOVEVA. ¡Jesús!... ¡A cuánto no obliga
el pícaro amor!... ¿Yo así,
a deshora por aquí,
y no muero de fatiga...?
Yo, que de ver una hormiga
me da el mal de corazón,
y que si asoma un ratón
me caigo muerta de miedo,
ahora conocer bien puedo
lo que arrastra una pasión.
Mas fuera alma no tener,

sino un corazón de risco,
ser un fiero basilisco,
un monstruo, no una mujer,
el dejar ingrata arder
a ese joven en mi fuego,
desdeñar su amante ruego,
y porque no me halló fea,
permitir que el pobre sea
víctima de un amor ciego.

(Busca con recato por un lado y otro, sin reparar en Berrio.)

Pues él me estaba esperando...

Él era..., le conocí,

y sin duda estaba aquí

con su confidente hablando.

Él era..., mi don Fernando...

(Busca.)

¿Y dónde se habrá escondido...?

¡Ah..., ya caigo! Conmovido

con mi grata aparición,

a calmar su agitación

un momento se habrá ido.

(Pausa.)

¡Es tan corto...! Demasiado.

Pero no importa; mejor,

que es propio del mucho amor

ser tímido y mesurado.

Ni yo me hubiera arriesgado

con un mozuelo insolente,

porque, al cabo, en un repente,

jóvenes que se aman, y

solos a tal hora aquí...,

el riesgo fuera inminente.

ESCENA XVII

Los mismos y DON FERNANDO, en mangas de camisa, y DON LESMES, ridículamente ataviado con el uniforme de aquél.

FERNANDO. (En voz baja, en la puerta de su cuarto.)

Lesmes, allí está...; camina.

LESMES. (Observando a doña Genoveva.)

No me disgusta su empaque.

FERNANDO. No me seas badulaque,

y que no haya tremolina.

LESMES. Verás qué bien la camelo.

FERNANDO. Procura imitar mi voz,

que, al cabo, el chasco es atroz,

LESMES. No tengo de tonto un pelo.

(Avanza lentamente hacia Doña Genoveva, y Don Fernando se entra en su cuarto.)

ESCENA XVIII

Los mismos, menos DON FERNANDO.

BERRIO. (Aparte, observando a Don Lesmes.)

¿Será verdad...? ¿Con tal tía
revueltas un mozo tan
guapo como el capitán?
¡Pues si yo reventaría!

GENOVEVA. (Aparte, viendo acercarse a Don Lesmes.)

Ya a mí se acerca... ¡Qué gusto!
¡Cómo el pecho me palpita!
Sin duda me inspiró un ángel
este viaje a Andalucía.

(Alto.)

Llegue, señor don Fernando,
pues sabe que se le estima.

LESMES. (Aparte.)

¡Caramba!... No se me ocurre
nada que decir, nada.

GENOVEVA. (Aparte.)

Siempre tímido y modesto.
¡Ay, que es la inocencia misma!
¡Qué joven!... Vale un tesoro...
Vamos a ver si se anima.

(Alto.)

¿Hace mucho, don Fernando,
que vino usted a la cita?

LESMES. (En voz baja y fingida.)

Sí, señora.

GENOVEVA. Pues no crea
que yo me estaba dormida.

¡Ah!... Contando los momentos...

LESMES. Y yo también.

GENOVEVA. ¡Qué delicia!

¿Conque puedo asegurarme
de que allá en su pecho abriga
una pasión, no un capricho,
una llama cual la mía?

LESMES. Pues si yo la adoro... ¡Toma!

Al verla me da...

GENOVEVA. (Aparte, transportada de gozo.)

Alma, ¡albricias!

(Alto.)

¿Qué os da...?

LESMES. (Muy cortado y aparte.)

No sé responderle;
nunca me han dicho en mi vida

Calla, que me ruborizas,
picarillo... Sí, soy joven,
y joven que te dedica
un corazón inocente,
que tú sólo tiranizas.
(Siguen hablando entre sí.)

ESCENA XIX

Los mismos y DON FERNANDO, que de cuando en cuando se asoma a la puerta de su cuarto.

FERNANDO. (Aparte.)

Pues lo han tomado despacio
esos tontos, ¡por mi vida!

Mas no he conseguido poco
en quitármelos de encima.

Y que estén ahí nada importa,
que con el disfraz Clarita,
y atravesando de pronto,
no puede ser conocida,

BERRIO. (Observando a Don Fernando.)

¿Y quién será aquel demonio
que de rato en rato atisba?

Algún otro pasajero.

Su facha se me despinta.

GENOVEVA. Sí, adorado dueño mío;

sí, tuyas son las primicias
de un alma que nunca; nunca
se abrió al amor. Tierna niña,

una mocosa de trece,
una nada, una chiquilla
era, y mi tutor tirano

me sacrificó, homicida,
casándome con un viejo
rico y de ilustre familia.

LESMES. Ya que eres casada...

GENOVEVA. (Fingiéndose alterada.)

¿Juzgas

que si lo fuera tendría
el atrevimiento...? ¿Cómo...?

(Llora.)

¿Yo esposa infiel...? Me horroriza.

LESMES. (Aparte.)

¡Caramba, qué virtuosa!

¡Vaya una mujer bendita!

(Alto y haciendo ridículos esfuerzos por consolarla.)

Anda..., que me he equivocado;
lo pregunté sin malicia.

Anda, cuéntame tu historia,
y, ¡por Dios!, no te me aflijas.

(Se asoma Don Fernando a la puerta de su cuarto, los observa con impaciencia y se retira.)

GENOVEVA. Seis años de matrimonio,
mejor de infierno diría,
pasé como en una tumba,
como una monja francisca,
y sin tener de casada,
y, don Fernando, nadita:
ni libertad, ni dominio
en mi casa, ni aun amigas;
sólo puse el pie en la calle
para ir a la iglesia a misa.

(Pausa, y suspira.)

En fin, el Señor dispuso
que una retención de orina,
ha dos años, se llevase
a mi esposo.

LESMES. Y muchos días
por allá aguarde.

GENOVEVA. Dejóme

(que al cabo si me hizo en vida
mártir, darme recompensa
quiso después de sus idas)
como unos treinta mil pesos
en metálico y en fincas.
Lo que me hace independiente
y capaz de hacer la dicha
del que amándome rendido
para su esposa me elija.

(Hace que se avergüenza.)

LESMES. (Aparte.)

¡Canario!... ¡Treinta mil duros!,
y eso no será mentira.

La ocasión es un portento:
me embarco con la viudita
y vayan con mil demonios
mi padre, mi tío y mi prima.

GENOVEVA. (Impaciente.)

¿Nada dices, dueño amado?

(Aparte, mortificada.)

Su modestia es ya excesiva.

LESMES. ¿Qué he de decir, si estoy bobo?

Que me caso, carambitas.

GENOVEVA. ¿Conque quieres ser el dueño
de mi caudal y mi vida,
el encanto de mi alma,

el banco de mis fatigas?
¿Quieres mi mano y mi pecho,
y que te hagan las caricias
de una esposa tierna y joven,
que en ti sus delirios cifra,
el mortal más venturoso
de cuantos el orbe habitan?

(Pausa.)

¿No me respondes, cariño?...
LESMES. (Aparte, muy contento.)

Me cayó la lotería...

Envido.

(Alto.)

Sí, remonona;
me caso esta noche misma;
vamos a avisar al cura,
y que en la primera misa
nos velen...

GENOVEVA. (Aparte, transportada de gozo.)

¡Ay qué vehemencia!

Tengo marido... ¡Qué dicha!

(Alto.)

Pero tú no consideras
que es circunstancia precisa
el que siendo tu de tropa
licencia y retiro pidas,,
todo en forma dueño mío;
todo en regla.

LESMES. (Riéndose.)

Calla, chica;

si yo nunca fui soldado;
me disfracé... para...

GENOVEVA. (Enajenada de placer.)

Intrigas

de amor... para conquistarme,
cuando tú no necesitas
más que esos ojos traidores
y esa persona divina!

LESMES. ¿Y no te han quedado hijos?...

GENOVEVA. Ninguno. Eran tan continuas

las dolencias del difunto
y su edad tan excesiva...

Pero pronto, sí, al instante...

(Se oye una palmada en el corredor, y se levanta Doña Genoveva asustada.)

¿Qué suena?... Dios nos asista.

BERRIO. (Aparte.)

¿Ahora se andan con palmadas?

Otra reventante cita.

LESMES. (En pie.)

No es nada, nada... Un abrazo
dame muy estrecho..., chica.

GENOVEVA. ¿Por qué no, si soy tu esposa,
y por tanto esas caricias
castas, honestas y puras?

(Se abrazan.)

BERRIO. (Aparte, observando.)

Buen estómago, a fe mía;
¿tal como abraza a tal vieja
y no revienta y vomita?

(Se oye otra palmada.)

¡Hola!, segunda palmada...

GENOVEVA. (Asustada.)

¿No escuchas?

LESMES. Alguien nos guipa.

GENOVEVA. (Resuelta.)

Que el mundo entero nos mire,
no nos importa nadita,
que marido y mujer somos,
y siéndolo..., ¿quién nos chista?

LESMES. Es verdad, y todo el mundo
tiene que tragar saliva.

GENOVEVA. Dame tu palabra y mano.

LESMES. (Dándole la mano.)

Tómala, que es tuya, niña.

FERNANDO. (Sale con la zamarra y calañés a la puerta de su cuarto.)

Ya la tercera palmada
va a sonar, y al punto arriba,
y pasando de repente por aunque
este patio en seguida,
nos vean estos tontos
no pueden caer en malicia.

GENOVEVA. (Muy expresiva.)

Pues yo soy tuya y tú mío,
muérase el mundo de envidia.

(Se oye otra palmada, y Don Fernando sale de su cuarto y sube precipitado la escalera sin que lo vea Berrio, que estará observando a Doña Genoveva y a Don Lesmes, ni éstos, que están hablando entre sí.)

BERRIO. (Aparte.)

Ya me secan las palmadas
y los amores me giban.

GENOVEVA. Ahora a Granada nos vamos,
en donde tengo mis fincas,
y al punto nos casaremos
de nuestra llegada el día.

LESMES. (Muy contento.)

Sí, vamos. En diligencia...

¡Qué gusto!... Van tan de prisa...

GENOVEVA. Anda a arreglar tu equipaje,
pues la marcha se aproxima.

LESMES. (Aparte.)

Qué berrinche, ¡Cielo santo!,
va a tener padre... ¡De risa
reviento!

(Alto y asustado, mirando a la escalera.)

Esposa, alguien viene.

GENOVEVA. Venga quienquiera las dichas
a envidiar a dos esposos
que casta coyunda liga.

BERRIO. (Aparte, levantando la cabeza y mirando a la escalera.)

Dos bultos por la escalera
bajan... ¿Si será la niña
melindrosa?...

(Incorporándose.)

No, ¡caramba!

¿Es mi Juliana?... La misma.

(Levantándose.)

Pues, ¡vive Dios!, que a aquel hombre
le voy a sacar las tripas.

(Aparece Don Fernando al pie de la escalera con Doña Clara, vestida con ropa de Juliana;
al mismo tiempo, se levanta Berrio, y Don Lesmes y Doña Genoveva, que no le habían
visto antes, se asustan y huyen a un lado.)

ESCENA XX

Los mismos y DON FERNANDO y DOÑA CLARA.

GENOVEVA. (Aterrada.)

¡Ay Jesús!, esposo...

LESMES. (Agarrándose a Doña Genoveva y queriendo ponerla delante.)

¡Esposa,

qué miedo!...

GENOVEVA. (Queriendo poner delante a Don Lesmes.)

¡Animas benditas!

BERRIO. (Arrojándose a Don Fernando, que con Doña Clara intenta cruzar por el fondo.)

Alto allá... Téngase el tuno,
que esa infame es cosa mía,
y a mí, por Santa Lucía,
no me la pega ninguno.

(Ataja el paso.)

FERNANDO. (Con calma, deteniéndose.)

Apártate o te deslomo.

BERRIO. (Furioso, sin conocer a Don Fernando.)

Tú eres un ladrón, y ella

es una mala doncella;
si se mueven me los como.

(Saca una navaja; Don Fernando titubea; Doña Clara le sujeta, amedrentada, y Doña Genoveva y Don Lesmes huyen cerca del arcón de la cebada con gran terror.)

Voy a pintarle a esa indina
un jabeque en esa cara,
aunque el mundo se empeñara,
¡so estropajo de cocina!

CLARA. ¡Ay de mí!

FERNANDO. Tened valor.

(Se desase de Doña Clara y sale al encuentro de Berrio; le sujeta el brazo de la navaja; luchan un momento y lo derriba al suelo de un cachete.)

¡Pícaro, pícaro!, toma.

CLARA. (Cayendo desmayada en una silla junto a la mesa.)

¡Ay de mí, desventurada!

GENOVEVA. (Muy desconsolada, alzando el grito.)

¡Pronunciamiento!... ¡Asonada,

LESMES. ¡Ladrones!...

BERRIO. (Levantándose, ciego de cólera.)

¡Voto a Mahoma!,

que lo he de despanzurrar.

GENOVEVA. ¡Al asesino!...

LESMES. ¡Al ladrón!

(Se acometen y luchan de nuevo Don Fernando y Berrio.)

GENOVEVA. ¡Ay Jesús!, en este arcón

nos podemos refugiar.

(Se mete con Don Lesmes en el arcón de cebada.)

FERNANDO. Pícaro...

BERRIO. (Furioso.)

Aunque venga el Papa

lo he de matar.

GENOVEVA. ¡Ay qué miedo!

LESMES. (Temblando.)

Esposa, alentar no puedo.

GENOVEVA. (Viendo que se acercan luchando Don Fernando y Berrio.)

¡Que vienen! Echa la tapa.

(Quedan encerrados en el arcón; sale Don Luis de su cuarto con una vela encendida; los cuatro viajeros salen de los suyos, y Juliana, disfrazada con los vestidos de Doña Clara, sale a la puerta de la escalera.)

ESCENA XXI

Los mismos y DON LUIS, JULIANA y los cuatro VIAJEROS.

LUIS. ¿Qué es esto? Ténganse... Luces.

BERRIO. Le he de sacar el riñón.

LUIS. Vaya, que un infierno son

los mesones andaluces.

ESCENA XXII

Los mismos y TARAMBANA

TARAMBANA. (Sale corriendo, agarra por detrás a Berrio y lo sujeta, y Don Fernando corre cerca de Doña Clara.)

¡Ya, bribón, te tengo asido!

LUIS. (Acercándose a la puerta de la escalera.)

¡Jesús, y qué algarabía!

(Llamando.)

¡Clara, Clarita!, hija mía.

(Juliana sale y se engancha de su brazo.)

No te asustes; nada ha sido.

ESCENA XXIII

Los mismos y MARTA, con un farol; el CONDUCTOR, con un hachón de viento encendido, y los cuatro ESCOPETEROS, con sus trabucos

MARTA. Ténganse todos allá.

¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que pasa?

(Aparte, a Don Fernando.)

Se nos desplomó la casa.

(Los Escopeteros rodean a Berrio, que sigue ciego de cólera.)

BERRIO. La infame lo pagará.

LUIS. (Avanzando con autoridad al medio de la escena, con Juliana del brazo, creyendo que es Doña Clara.)

Pero, al cabo, ¿aquí qué ha habido?

(Reconoce de pronto a Don Fernando y queda un momento confuso.)

¿Sois don Fernando...?

FERNANDO. (Abatido.)

Señor...

LUIS. ¿Un caballero de honor
en un lance tal metido?

BERRIO. (Pugnando por soltarse de los que le tienen sujeto.)

¡Ah mala jembra!, te juro
que he de comer tu asadura,
y a esa vil...

MARTA. No más locura...

TARAMBANA. Llevárselo es lo seguro.

MARTA. Allá al otro patio, sí;
que sin duda está borracho.

BERRIO. Pues se han de acordar de mí.

(Se lo llevan a empujones y van con él Marta, los Escopeteros y el Conductor.)

ESCENA XXIV

DON FERNANDO, DOÑA CLARA, DON LUIS y JULIANA.

LUIS. (Con serenidad, acercándose a Don Fernando.)

¡Don Fernando!, estoy corrido.

¿Un caballero oficial?
promover desorden tal?

Pero, señores, ¿qué ha sido?

FERNANDO. (Confuso, sosteniendo a Doña Clara, que empieza a volver en sí, pero con la cara oculta.)

Nada.

LUIS. Pero a esa mujer,
infelice, desmayada...,
aunque sea una criada...,
socorro le es menester.

Anda, Clara, algún consuelo
dale a esa pobre...

(Repara que no es Doña Clara la que tiene al lado.)

¿Qué miro?

¿Estoy soñando?... ¿Deliro?...

Esta no es mi hija... ¡Cielo!

(Desalentado.)

¿En dónde está?... ¿En dónde?...

FERNANDO. (Descubriendo el rostro de Doña Clara..)

Aquí.

LUIS. (Después de una ligera pausa de sorpresa y de indignación.)

Pero ¿qué es esto?... ¿Qué es esto?...

Dígamelo usted, y presto.

¿Cómo se me burla así?

(Juliana se encarga de Doña Clara y la sienta en una silla.)

FERNANDO. (Con resolución.)

Esto es ser yo desdichado,

y serio también, Señor,

la infelice doña Clara,

y sólo el culpado, vos.

La adoro correspondido

desde que tuve ocasión

de frecuentar vuestra casa

allá en la Puerta del Sol.

Y constantes nos queremos

hace ya dos años, dos.

Para pedir su mano

en premio de mi pasión

el conseguir mi retiro

tan sólo esperaba, y no

se retardará, pues pende

informe de la inspección.

Seis meses hace que vine,

como sabéis muy bien vos,

a esta provincia, y en tanto

ni un punto se interrumpió

la tierna correspondencia

de nuestro inocente amor.

Cuando recibí ha tres días

la carta en que me avisó
doña Clara de este trance,
con tal precipitación
dispuesto, y de que su novio
debía en este parador
recibir hoy la ventura
que en su vida mereció,
corro aquí desesperado
maldiciendo mi hado atroz,
porque adoro a vuestra hija
con el alma y corazón.
Llego, y al punto me encuentro
con el venturoso..., y no
puedo, don Luis, explicaros
si fue mi rabia mayor
que el amargo sentimiento
de profunda compasión
a vuestra inocente hija,
sacrificada por vos
al lugareño más bruto,
más soez y más burlón,
más libertino y vicioso
que en estos montes nació.

LUIS. (Perplejo.)

¿Qué dice usted, don Fernando?

¿Olvida usted que soy yo
tío carnal de ese sujeto
contra quien toma la voz?

¿Y de un hombre interesado
quién los informes creyó?

FERNANDO. (Con entereza.)

Usted perdone; no intento
ofenderle; no, por Dios,
y a su rectitud apelo,
pues que tuvo ya ocasión
de conocer al sobrino
que para yerno eligió.

LUIS. Si no lo he visto en mi vida.

FERNANDO. Sí lo habéis visto, señor.

LUIS. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Hay tal empeño!

FERNANDO. Es aquel que visteis vos
salir, perdido, borracho,
esta tarde, de ese arcón.

LUIS. (Pasmado.)

¿Aquél?...

TARAMBANA. Aquél.

LUIS. ¿Es posible?

FERNANDO. Esto es más fijo que el sol.

LUIS. (Aburrido.)

Pero ¿dónde está escondido?

¿Dónde está?... ¿Lo sabéis?

FERNANDO.

No.

Pero está, sin duda alguna,
dentro de este parador.

LUIS. (Desalentado.)

¿En qué cuarto?... Lesmes, Lesmes...,
¿dónde estás?...

ESCENA XXV

Los mismos y DON LESMES y DOÑA GENOVEVA

LESMES. (Levanta la tapa del arcón y se asoma.)

En este arcón,

con mi novia.

(Movimiento general de sorpresa.)

GENOVEVA. (Saca la cabeza, mira a Don Lesmes, se sorprende y dice aparte:)

¡Ay, qué engaño!

No es mi don Fernando, no;
pero es, al cabo, un mozuelo,
y tendré resignación.

(Queda avergonzada y haciendo melindres.)

LUIS. (Entre risueño y severo.)

¡Jesús!... ¡Jesús, y qué facha!...

¿Y quién es aquélla?... ¡Oh!...

¡Doña Genoveva!... ¡Cielo!

(Don Lesmes, mirando de hito en hito a Don Luis, no repara ni mira a Doña Genoveva.)

¡Buen sobrino tengo yo!

(Corre a abrazar a Doña Clara con gran cariño.)

Perdona, Clarita mía.

Doy muchas gracias a Dios,
y a usted, señor don Fernando,
con todo mi corazón,
de haber salvado a mi hija
de desgracia tan atroz.

(Volviendo a abrazar a Doña Clara.)

No serás de ese monstrenco,
no lo serás, hija; no.

LESMES. (Saliendo del arcón y acercándose a Don Luis, sin acordarse de Doña Genoveva.)

¡Calle! ¿Conque es usted mi tío?

¿y mi prima, en conclusión,
esa entecuela...?

LUIS. Sí, Lesmes;

pero olvídalo, ¡por Dios!,
que nos da vergüenza y asco...

(Vuelve a acariciar a Doña Clara y a Don Fernando.)

LESMES. (Aparte, retirándose mohíno.)

Caramba, con el señor;
y a mí me ralla las tripas
sólo el escuchar su voz.

(Alto.)

Pues si es así, nada importa,
que me he concertado yo
en esta mismita noche
con la nata y con la flor
del salero y la sadunga...

(Vuelve al arcón al momento en que sale de él Doña Genoveva, y le alarga la mano; pero él, al verla, retrocede confuso, y dice aparte:)

¡Caramba..., caramba!... No,
que a oscuras era paloma,
y a la luz es culebrón...

Me vuelvo al punto a Linares,
que es mi Churrilla mejor.

(Se quita el uniforme, lo tira y se va.)

GENOVEVA. (Abochornada.)

¡Justicia de Dios, justicia
de tan aleve traición!

(Vase apresurada la escalera arriba.)

LUIS. Don Fernando, Clara es vuestra.

CLARA. (Echándose en los brazos de su padre.)

¡Padre amado!

FERNANDO. ¡Señor!

LUIS. Sed, hijos míos, felices,
para que lo sea yo.

Clarita, toma tu traje;
deja ese disfraz, ¡por Dios!

(Vase Doña Clara con Juliana.)

CLARA. (Al irse, a Juliana.)

Sólo siento que tu novio...

JULIANA. Se le pasará el furor.

(Vanse. Se oye parar un coche.)

ESCENA XXVI

DON LUIS, DON FERNANDO y MARTA.

MARTA. (Apresurada.)

La góndola de Sevilla
en este instante llegó.

LUIS. (Con viveza.)

¿Y hay para Madrid asientos?

MARTA. De rotonda y de interior.

LUIS. Pues a Madrid al instante,
don Fernando.

FERNANDO. (Perplejo.)

Pero yo...,

sin licencia...

LUIS. La tendremos

con fecha retrasada.

FERNANDO. (Agradecido y transportado de gozo.)

¡Oh!

MARTA. Si se han de marchar ustedes,

anden vivos, porque no

se detiene nada el coche...

LUIS. Volando. Que el conductor

se encargue de las maletas.

(Vase a su cuarto)

MARTA. (Llamando.)

Berrio, Vicente, Muñoz.

FERNANDO. (Llamando.)

Tarambana.

ESCENA XXVII

DON FERNANDO, MARTA, TARAMBANA, BERRIO y los ESCOPETEROS, que entran en el cuarto de DON LUIS y sacan maletas y sacos de noche, y se van fuera.

TARAMBANA. (A Don Fernando.)

¿Conque todo

felizmente se arregló?

FERNANDO. Sí, soy feliz, Tarambana;

tú aquí te quedas, y yo

cuidaré de tu licencia.

Entrégale al conductor

mis maletas, y recoge

esa levita, pues no

quiero dejar la zamarra,

que es para viajar mejor.

(Recoge Tarambana la levita que tiró Don Lesmes y entra en el cuarto de Don Fernando, y atraviesa en seguida la escena, llevándose una maleta.)

BERRIO. (Acercándose a Don Fernando, muy confuso.)

Que he rebuznado conozco,

señor capitán; perdón,

merezco catorce albardas.

Pero...

FERNANDO. Con mucho valor

te portaste.

BERRIO. Si celoso,

me convierto en un Sansón.

TARAMBANA. (Se ríe.)

Al coche.

MARTA. (En voz baja.)

Al coche.

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos y DON LUIS, DOÑA CLARA y JULIANA.

LUIS. (Saliendo de su cuarto con sombrero.)

Ya estamos

listos, y no hay detención

por nuestra parte ninguna.

(Don Luis habla con Marta; Don Fernando, con Tarambana; Doña Clara, ya quitado el disfraz, con Juliana, a quien besa muy expresivamente, y Berrio se deshace en cortesías a unos y a otros.)

UNA VOZ (Dentro.)

Al coche.

LUIS. Vamos.

TODOS. (Yéndose.)

Adiós.

MARTA. (Siguiéndolos.)

Que Él los conduzca bien;

muy de veras se lo pido.

LUIS. (Al desaparecer.)

No echaré nunca en olvido

el parador de Bailén.

(Cae el telón.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo